

¿Qué legó Roma a la identidad cultural de Europa? *What is the Legacy of Rome to the cultural identity of Europe?*

Juan Francisco Rodríguez Neila*

RESUMEN

El presente trabajo pretende interpretar, reflexionar y analizar qué elementos Roma heredó a la identidad europea. Esta no está exenta de cierto pesimismo hoy en día, sin embargo, además de los prejuicios, negativas, también existen valoraciones que son innegables. Para ello, en el recorrido de nuestro examen buscaremos conceptualizaciones, ideas acerca del legado romano, desde lo que se definió como clásico hasta las interpretaciones actuales (el comic y el cine); desde lo pagano hasta lo cristiano, y desde el ideal de la República hasta el colonialismo y el imperialismo, todo ello según las distintas visiones historiográficas, literarias, entre otras.

Palabras claves: Legado, Roma, Europa, identidad

ABSTRACT

This paper aims to interpret, reflect and analyze what elements inherited Roma to European identity. Although certain negative prejudices whose origin is the modern pessimism, there are some contributions that are undeniable. Therefore, in the course of our review we will look conceptualizations and ideas about the Roman legacy, since the classic period until modern interpretations (such as comics and films); since the pagan until the Christian view; and since the republic ideal until the colonialism process and imperialism, according to the different historiographical and literary visions.

Key words: Legacy, Rome, Europe, identity

Recibido: marzo de 2011

Aceptado: junio de 2014

Introducción

Al comienzo de la película “Juego de patriotas” (1992), dirigida por Phillip Noyce y protagonizada por el famoso actor Harrison Ford, vemos cómo un profesor de la academia militar norteamericana de West Point aparece explicando a los cadetes las estrategias de los beligerantes en la Guerra del Peloponeso (siglo V a.C.), siguiendo al historiador griego Tucídides para, a partir de su narración de los hechos, estimular entre sus alumnos algunas consideraciones sobre la guerra moderna. Hoy día, cuando los ejércitos apenas se parecen a los de la Antigüedad en preparación, tácticas de combate y armamento, todo altamente sofisticado, puede sorprender que de las guerras de hace veinticinco siglos se aprenda algo para confrontarlo con las cuestiones bélicas de nuestro mundo actual. Pero es así. Porque aunque las batallas de tiempos pretéritos no puedan aportarnos información válida sobre aspectos meramente

* Doctor en Historia. Catedrático de Historia Antigua, Universidad de Córdoba, España. correo electrónico: ca1ronej@uco.es

“técnicos”, sí pueden suscitar en nosotros reflexiones sobre las motivaciones, actitudes, soluciones e ideales de quienes por una razón u otra protagonizaron o simplemente padecieron hostilidades y conflictos a lo largo de la Historia. Comprender el pasado, interpretarlo, nos permite entender mucho mejor por qué la sociedad en que hoy vivimos es como es. De la misma forma que captamos mejor por qué una persona es como es, y podemos así valorarla mejor, si conocemos su pasado. Con estas páginas pretendo simplemente ofrecer al lector algunas claves para apreciar cuánto debe nuestra identidad cultural europea a la Antigüedad, y concretamente a Roma.

Todos sabemos que nuestro modelo de civilización occidental, surgido en el solar de Europa, y expandido luego hasta otras latitudes, tiene muy antiguas raíces. Pero no todos, en Europa y también fuera de ella, comparten hoy la convicción de que los “antiguos” puedan tener todavía algo que enseñarnos. La Antigüedad clásica parece ser considerada hoy reducto para especialistas. Y aún más. Se evoca frecuentemente lo que la “vieja Europa” es, pero en antítesis con otros patrones culturales más jóvenes. En esa comparación, y con cierto derrotismo, cuando no claro desconocimiento de la realidad histórica, Europa sale a menudo en desventaja, al estimarse que, como “modelo cultural”, asumido durante siglos como inagotable, ya está caduca.

Se habla mucho ahora del retroceso de Europa ante el avance de otras culturas, de la pérdida de su ancestral primacía, incluso de la difícil convivencia con otros arquetipos culturales cada vez más presentes en su propio suelo. Y parece como si aquella Europa, la que los antiguos griegos constituyeron en unidad y meta histórica, temiera ir perdiendo su singularidad, o incluso no se diera cuenta de que ello puede llegar a suceder. Como si su modelo de civilización, forjado y puesto a prueba durante muchos siglos, ya no fuera válido ni siquiera para ella misma, y mucho menos fuera exportable a otros ámbitos geográficos.

Lo “clásico” como eterna categoría.

Griegos y Romanos de la Antigüedad Clásica, tan lejanos en el tiempo, entre ellos y nosotros la profunda catarsis ideológica que en su momento significó la irrupción del Cristianismo en el mundo pagano, y posteriormente otras revoluciones como la científica, la tecnológica y la económica, han establecido un vasto abismo. Pero no pretendo convertir a unos y otros, como a menudo se ha hecho, en versiones idealizadas de nosotros mismos. En muchos aspectos nos son muy ajenos, con sus absurdos dioses, sus misterios y rituales religiosos, su deplorable esclavitud, sus interminables guerras o su indiferencia a los progresos de la tecnología. Que unos y otros hayan podido dejarnos algún legado imperecedero es algo que hoy suele olvidarse. Y que puedan tener algo que enseñarnos ya casi nadie lo mantiene. Que un ensayista como Robert Kaplan haya publicado un libro titulado "El retorno de la Antigüedad", defendiendo que del pasado podemos recoger las mejores herramientas para abordar los desafíos de nuestro mundo moderno, lo mismo en la política internacional que en los negocios, puede parecer una esnobista pretensión sin aparente fundamento.

Pero esa inmanencia de las categorías que, en diversos órdenes, forjó la Antigüedad Clásica, la proyectamos hoy en nuestro sentir común cuando definimos algo, sea un estilo, un objeto, un diseño, un valor, y hasta un partido de fútbol, como "un clásico". ¿Lo "clásico" como un valor absoluto, impasible ante el flujo del tiempo, como dogma y paradigma? No estrictamente. Pienso más bien que, desde el Renacimiento hasta nuestros días, "lo clásico" para el hombre moderno ha sido más que norma inmutable germen de nuevos caminos, experimentando ante ello más estímulo agonístico que sumisión servil. Lo clásico es una plenitud que entraña en sí misma un nuevo comienzo. Conocer y comprender ese pasado es asumir lo mejor de su herencia. Y reinterpretar esa tradición constituye un dinámico estímulo para ir creando el futuro.

Fueron los humanistas del Renacimiento quienes inventaron el período "clásico", en contraposición a la "Edad Media"; quienes bucearon eruditamente en ese rico legado, y sentaron las bases del

conocimiento de la Antigüedad de que hoy nos nutrimos. Entonces los juristas se inspiraban en el Derecho romano, los matemáticos en Euclides, el latín era lengua internacional para la jurisprudencia, diplomacia, teología, ciencias, etc. Pero fue precisamente ese relanzamiento del conocimiento humano desde el siglo XVI a partir de las fuentes clásicas, lo que propició un afán de superación de esa misma herencia cultural, que acabó dejando fuera de juego a muchos autores "clásicos" en diversos campos del intelecto humano. Basta recordar lo que sucedió con Ptolomeo y su geocentrismo universal. Además el avance de los nacionalismos favoreció el auge de las lenguas vernáculas en detrimento de la universalidad del latín. La cultura de la Antigüedad Clásica había nutrido a Europa, había sido su maestra. Pero cuando el discípulo empezó a crecer y a hacerse mayor buscó nuevos derroteros por sí mismo.

También la fecundidad inagotable de la Antigüedad aportó un elemento sustancial de cohesión entre las emergentes nacionalidades de Europa, configuradas significativamente en los períodos de mayor auge del clasicismo: el Renacimiento y el siglo XVIII. Sin embargo tales procesos de afirmación nacionalista nunca arrinconaron aquella tradición clásica, esencial en la configuración de una identidad cultural europea compartida por encima de fragmentaciones políticas. Y Europa siguió revitalizando los ideales que denominamos "clásicos", no bajo el espejo de una mitomanía infecunda, sino recreándolos a partir de sus propias vivencias.

Hoy día, en este mundo tecnificado y alienante que sobrevalora lo práctico, lo útil, lo aplicado o lo rentable, corremos el peligro de desconectarnos del rico legado de la Antigüedad perdiendo el sentido de su estricto valor. Podríamos pensar que el mundo clásico ha dejado escasa impronta en la Europa contemporánea. Pero algunas influyentes figuras, que nos conviene seguir tener en cuenta, muestran cómo la herencia grecorromana ha estado presente con aportaciones muy significativas. Así Marx era filólogo clásico de formación, hizo su tesis doctoral sobre la influencia de Demócrito en Epicuro. Y si Sófocles no hubiera escrito su "Edipo rey" quizás Freud, el creador del Psicoanálisis, no hubiera elaborado de la forma en que lo hizo su teoría del "complejo de Edipo". Y que el teatro tiene una función terapéutica, sacando a la luz nuestras angustias internas, lo entendió muy bien el famoso compositor Ricardo Wagner, que estimaba que su idea del drama musical procedía de Esquilo y del teatro griego.

Resulta curioso que hoy día la presencia de la Antigüedad Clásica en los planes educativos y en los programas de investigación tenga a veces que ser defendida y razonada "a capa y espada", y concretamente en algunos países que en su momento formaron parte del Imperio Romano. En ellos la permanencia de tales estudios debiera ser un hecho asumido, a tenor no sólo de su tradición, sino de la gran influencia que el legado grecorromano ha dejado en nuestra personalidad cultural. Y ello sorprende todavía más, cuando el interés por el mundo clásico está consolidado, o es creciente, entre los estudiosos de países que nunca formaron parte de la Romanidad, así Estados Unidos, Australia, Nueva Zelanda, Finlandia o incluso Japón, por poner sólo unos ejemplos.

No debemos olvidar que nuestra moderna Europa se fundamenta en una ya vieja comunidad de civilización. La construcción de la Europa unida ni se entiende, ni es lógicamente factible, sino partiendo de una identidad cultural forjada desde hace muchos siglos, y donde la aportación romana sigue perdurando con huellas indelebles. Quizás las manifestaciones institucionales o declaraciones políticas que se hacen dentro de la Comunidad Europea no tengan suficientemente en cuenta esta evidente realidad. Pero está ahí. El modelo de civilización occidental, expandido desde Europa a otros ámbitos de nuestro planeta, y que simbolizamos a menudo en el progreso tecnológico, ahonda sus más profundas raíces en los modos de pensamiento y los cuadros de referencia de la Antigüedad Clásica. Ahí están los esfuerzos de muchas generaciones a través de los siglos para conservar y reinterpretar ese patrimonio. Y nos ha llegado gracias a ese afán constante por "beber" en las fuentes clásicas, que prueba la intrínseca riqueza de la civilización grecorromana y su valoración enormemente positiva a través de la Historia.

También hoy, cuando queremos contrapesar las dominaciones del progreso sobre nuestra libertad y nuestra conciencia, en suma sobre nuestra condición de seres humanos, solemos apelar a un fortalecimiento de los valores del Humanismo. Para ello tenemos que retornar a menudo a los sabios de la Antigüedad, que siguen aportando contenidos a dicho concepto por sus referencias morales o espirituales. No debemos olvidar que aquel mundo tuvo que enfrentarse con problemas de organización de la vida y de las relaciones sociales que ofrecen singulares analogías con algunas de nuestras más actuales preocupaciones. Y en su conjunto nos sorprende por su inventiva, por la gran variedad de respuestas que aportó a los desafíos que se le fueron presentando. Probablemente tales sabios hubieran entendido el mundo de hoy, con las servidumbres que impone nuestro alabado progreso, mucho mejor de lo que podríamos imaginar.

No olvidamos tampoco que en tiempos antiguos hubo otras grandes civilizaciones como Babilonia, Persia o Egipto. Y que la Hélade asimiló muchos fermentos culturales del mundo oriental. Entre nosotros sus culturas siguen ejerciendo una gran seducción, por lo que tienen de radicalmente diferentes a la nuestra en sus fundamentos sociales, económicos, ideológicos, etc. Todo ello las convierte ante nuestros ojos en seductoramente "exóticas". Pero su diferencia con la Antigüedad Clásica radica en que lo que significaron y aportaron, lo que sustancialmente fueron, en casi nada nos afecta hoy de forma directa y esencial. Y permanecen como "formas" políticas o culturales encerradas en los libros de Historia, objeto de atención erudita o mera curiosidad. No pasa lo mismo con griegos y romanos. Estudiamos su Historia porque de alguna manera hoy, veinte siglos después, sus huellas nos siguen marcando, nosotros somos "sus" consecuencias. Y no importa tanto para qué lo hacemos, sino por qué lo hacemos.

Hoy se discute mucho sobre el retroceso de Europa y su patrón de civilización ante el avance de otros modelos culturales, de su difícil convivencia con ellos, de la pérdida de su tradicional primacía. También los acontecimientos que acaecieron el 11 de septiembre del 2001 han reabierto viejas heridas, reavivando en ciertos sectores de la sociedad occidental la ya antigua conciencia de identidad europea en confrontación con otras etnias y culturas alógenas. En suma, aquella polaridad Oriente-Occidente reactivada dramáticamente en ciertos momentos de la Historia. El viejo debate vuelve a estar servido. Pero, como hace ya muchos siglos, no es un conflicto basado en antítesis meramente políticas, pues se argumenta sobre la imposibilidad de que convivan armónicamente distintos modelos culturales. El peligro radica en que tales enfrentamientos a menudo han reforzado la convicción de los antagonistas en la supremacía de su propio modelo cultural, menoscabando las posibles vías de entendimiento con "el otro".

La identidad de Europa se ha reforzado a menudo a partir de dicha dialéctica cultural. Ya la Grecia clásica se autoafirmó en sus más identificativos valores, democracia y libertad entre otros, por oposición a una Persia regida despóticamente, que además había violado su suelo patrio durante las Guerras Médicas. Y en última instancia la Hélade asumió la venganza de aquella Europa que los griegos constituyeron en entidad histórica por oposición a Oriente, cuando Alejandro Magno conquistó el imperio aqueménida. También la forja de Roma como pueblo, y su ulterior autoafirmación como gran potencia mediterránea, necesitó del conflicto con oponentes que no sólo eran enemigos políticos, sino espacios culturales muy diferentes, así Cartago, Partia o los pueblos bárbaros. Es decir antítesis de un modelo de civilización, la "koiné" mediterránea, que ejércitos y comerciantes difundieron por todo el orbe entonces a su alcance. Como si de acelerar un destino querido por los dioses se tratara. Una misión "providencial" a la que la intelectualidad grecorromana suministró sus fundamentos ideológicos.

Pero actualmente se están revisando algunos de los viejos esquemas. La primacía durante siglos de los paradigmas culturales europeos, que han suministrado valores y pautas a esa globalidad que definimos como Occidente, está siendo puesta en duda. Difundido por otros ámbitos geográficos ultramarinos, y es cierto que a veces con arrogante superioridad, hoy se confronta dicho modelo de

civilización con otros mundos emergentes en el tablero internacional, se trate del Islam o del Extremo Oriente. Y ello sucede cuando nos estamos desconectando colectivamente de las fuentes antiguas, estamos perdiendo el sentido de su valor. Homero fue el educador de Grecia. Virgilio el de Roma. Pero ¿quiénes son realmente hoy nuestros educadores?

Sin embargo siguen estando presentes ante nuestros las “pruebas” de que nuestra cultura, surgida a partir de una herencia común, ha sido influyente, cuando no claramente hegemónica, en diversas partes del mundo. Una Europa que acabe creyendo que todo aquello de lo que es portadora sólo vale para ella, y no puede arraigar en otros espacios, puede ser una Europa sin destino, sin futuro. Quizás quienes ahora mismo compartimos los genes culturales que la definen, cualquiera sea nuestra patria, debemos reflexionar nuevamente sobre sus orígenes históricos y lo que ha sobrevivido de sus períodos culturales más florecientes. Puede que sea el momento de una decidida recreación de lo viejo como nuevo. Su sustrato clásico, nuestra Romanidad ancestral, quizás no hayan dicho aún la última palabra. El camino de la unificación europea obliga a reflexionar seriamente en este sentido.

Asumiendo una justa actitud de respeto y una enriquecedora comprensión hacia otras culturas, debe recordarse que Europa tiene una especificidad aquilatada desde hace muchos siglos. Y esa especificidad se ha proyectado a otros muchos mundos extraeuropeos, singularmente América, y más recientemente el Extremo Oriente. Esto es muy importante tenerlo en cuenta. Y entre esas esencias culturales, que siguen haciendo de Europa un faro inagotable, cuya luz sigue atrayendo seductoramente a otras sociedades geográficamente lejanas, el legado de la Antigüedad Clásica sigue ocupando un lugar primordial. Por ello cualquier lectura que hagamos de lo que puede ser el futuro de Europa, y consecuentemente de aquellos países sobre los que sigue influyendo, debe ser precedida de una profunda reflexión sobre los elementos que históricamente han ido configurando, ya desde los siglos grecorromanos, su peculiar identidad.

Reflexionemos ahora sobre los más importantes. Y creo que debemos empezar por lo que somos, por el Hombre en mayúsculas, ser cuya existencia vital se proyecta en tres "espacios de relación": la Naturaleza en la que vive, los demás seres humanos con quienes convive, y Dios, origen y razón de ser de su existencia. La cultura europea ha realizado aportaciones decisivas en la formulación de esos tres ámbitos ya desde sus raíces clásicas. Grecia descubrió el pensamiento sobre la naturaleza de las cosas, origen de la ciencia europea; los romanos nos legaron unos principios jurídicos racionales y avanzados para regular las relaciones sociales; finalmente el sentido de la trascendencia que define el destino del Hombre fue la nueva perspectiva aportada por el Cristianismo.

Si buscamos lo que es propio de Europa, lo que la singulariza respecto a otras culturas y ha sido fermento de su unidad, debemos remitirnos a dos componentes esenciales que han modelado originalmente su personalidad, la tradición judeo-cristiana y la herencia greco-latina. Son dos grandes y decisivas aportaciones, que a lo largo de la Historia a menudo se han entendido en relación antitética, buscando la esencia de cada una en todo lo que la oponía a la otra, legitimando a una negando la contraria. Pero es probable que haya sido el dinamismo generado por la tensión entre ambos elementos lo que realmente haya dado a Europa su especificidad cultural.

Los antecedentes helénicos.

Reflexionamos sobre el significado de Roma para nosotros. Pero también los romanos convirtieron la herencia de otra cultura, la helénica, en fundamento de su propia civilización. Por eso a menudo se les presenta como aventajados "imitadores" más que como inspirados "creadores". Los griegos tenían a gala no deber nada a nadie, no haber tenido maestros, haber afrontado su progreso cultural dando valerosos saltos en el vacío. Y esa imagen ha marcado la visión que hemos tenido de ellos durante largo tiempo, olvidando que realmente también recibieron muchos préstamos de las culturas del Mediterráneo oriental. Por el contrario los romanos confesaban de buen grado lo que debían a los

demás. Y también a diferencia de los griegos, que reivindicaban con orgullo una presunta autoctonía, los romanos, tachados a menudo de soberbios, vinculaban su origen a una “no autoctonía”, a un hito histórico de fundación, a un trasplante cultural mitológicamente expresado en la leyenda de Eneas, que había abandonado la oriental Troya, saqueada por los aqueos homéricos, con su padre y dioses domésticos, para trasladarse a la occidental tierra latina. Leyenda que es, precisamente, tema central de la obra cumbre de la literatura del Siglo de Oro de Augusto, en los albores del esplendor imperial: la “Eneida” de Virgilio. Así vieron los romanos su experiencia histórica como pueblo, trasplantar a un suelo nuevo lo que era ya viejo para infundirle nueva vida.

Lo que podemos identificar como herencia romana en la configuración de nuestra personalidad cultural europea debe tener siempre presente los antecedentes helénicos. Como lo entendieron los romanos, también el hombre europeo ha comprendido a lo largo de muchos siglos que en ciencia, arte, filosofía, literatura, política o economía el progreso ha consistido en reactualizar y enriquecer los esquemas que Grecia nos aportó. En ese decisivo “testamento cultural” que la Hélade dejó a la civilización occidental, podemos destacar algunos capítulos esenciales. Por ejemplo una dimensión racional sin precedentes que, a través del *logos*, permitió la creación de una nueva visión del mundo, basada en la ciencia y en la filosofía; un esfuerzo constante por descubrir las leyes que rigen la Naturaleza. Lo que, a fin de cuentas, es el mismo impulso que sigue animando la investigación que actualmente hacemos. Figuras como Euclides, Eratóstenes, Arquímedes, Hipócrates, Galeno, Pitágoras, etc., siguen siendo referencias básicas en la Historia de la Ciencia.

También podríamos destacar un concepto específico del arte y la literatura, que ha influido decisivamente en la forma de entender tales valores en el mundo occidental. Y el sentido de la Historia, los griegos fueron los creadores de la Historia como género, al que Roma aportó ilustres figuras. Porque fueron los primeros que trataron de entender cómo funcionan los mecanismos del poder, tema capital sobre el que hoy, cuando la Humanidad parece haber ensayado ya todas las formas posibles de “funcionamiento político”, se siguen aportando nuevas reflexiones. Vuelvo al ya citado ensayo de Kaplan. No conviene olvidar que en Grecia se descubrió la democracia, a la que apreciamos como una de las principales aportaciones y elocuente símbolo de nuestro modelo cultural occidental. De ella pudimos celebrar no hace muchos años sus dos milenios y medio de existencia, gracias a las reformas constitucionales que en Atenas introdujo Clístenes. Por cierto nieto, ¿paradojas de la Historia?, de un homónimo político, pero que gobernó como “tirano” en Sicione.

Los romanos se sintieron deudores de Grecia, reconocieron sin ambages su superioridad cultural. La orgullosa pasión nacionalista que a menudo se les atribuye no obnubiló la racional constancia de un hecho irrefutable. Ese sentimiento de inferioridad ante los griegos lo expresó con atrevida sinceridad el poeta Horacio, en un momento de evidente exaltación del nacionalismo romano bajo Augusto, cuando escribió que “Grecia vencida venció a su fiero conquistador y llevó el arte al rústico Lacio”. Pero también apreciamos idéntico sentir en Virgilio, cantor de la patria romana. En un pasaje de su obra nos presenta al héroe fundador Eneas visitando a su padre en los infiernos, y escuchando de su boca este “programa de futuro” para sus descendientes: los griegos serán mejores escultores, oradores, astrónomos; Roma deberá contentarse con el oficio de las armas y la política para imponer la paz y la ley (*Eneida*, VI, 847-853). Arnold Toynbee, el gran historiador, decía que la civilización romana fue sustancialmente un contenido, la cultura griega, dentro de un continente, el estado universal. Y para Rémi Brague, que hace unos años publicó un ensayo reivindicando lo que llamaba la “vía romana” en la configuración cultural de Europa, los romanos “han aportado como nuevo lo que para ellos era viejo”. Es más, siendo “civilizados” por los griegos, también “civilizaron” a los pueblos bárbaros. Y a través de Roma esa herencia helénica llegó a la cultura cristiana, que ha sido decisiva en el desarrollo de nuestra civilización.

No obstante el que los romanos fueran precedidos por la “experiencia griega”, y quedaran históricamente “marcados” como eternamente deudores de ella, ha influido mucho sobre la percepción

que el hombre moderno ha tenido de ellos. Frente a la imagen jovial y optimista de los griegos, emplazados olímpicamente en sublimes pedestales por quienes vivieron de sus esencias culturales durante el Renacimiento, y más tarde durante el Romanticismo, especialmente entre los poetas alemanes (Goethe, Hölderlin, Schiller), la imagen de los romanos no ha dejado de provocar ciertos rechazos en nuestra moderna sensibilidad. Han sido presentados a menudo como gente ruda, militarista, de esquemas y inflexibles, y poco creativa. Con genio político, eso sí, pero también con un arrogante sentido de su superioridad, con una visión centralista y dominante del mundo, con un insaciable afán imperialista. Aunque ciertamente su mentalidad imperialista no haya sido la más cruel, ni haya resultado ser a largo plazo la más infecunda de la Historia.

Prejuicios modernos y “cine de romanos”.

Tales prejuicios, a menudo proyectados hoy a través de nuestros modernos medios de comunicación, no han dejado de estar presentes incluso en un género literario actualmente muy en boga, aunque hasta cierto punto sobreexplotado, como es la novela histórica. Buena parte de la producción reactualiza temas y personajes de la Antigüedad, combinando realidad histórica y ficción. Pero ahora nos interesa destacar su valor como referente de algo que parece incuestionable: el sentimiento más o menos consciente de que Roma sigue contando entre nosotros como motor de la civilización europea. Ello en un mundo de rápidos y profundos cambios, en el que muchos espíritus vuelven nostálgicamente la vista hacia un pasado cada vez más irrecuperable.

Aunque ello no evita que Roma siga siendo observada con cierto recelo desde ciertos sectores de la intelectualidad. Actitud reticente que incluso ha llegado a alcanzar en ciertos casos parámetros de comicidad. Por ejemplo cuando los romanos son presentados con limitadas herramientas mentales en los difundidos cómics de *Ásterix*, cuyas aventuras también han llegado a la pantalla. De ese enfoque simplista no se libra ni tan siquiera el propio Julio César, cuya talla de estadista es reconocida por la mayoría de los historiadores, y que también dejó muestras inequívocas de su formación cultural y capacidad literaria. Para mayor ironía tales "historias", cuya capacidad de entretener no se discute aquí, pero en las que los romanos son ridiculizados por su tosquedad y falta de imaginación, se han escrito originalmente en una lengua derivada del latín. De algunos de esos prejuicios, como decíamos, no se libra tampoco la novela histórica, por ejemplo *“El Druida”* de Morgan Llywelyn.

Pero vivimos en un mundo donde influyen de forma notoria los medios audiovisuales, que determinan poderosamente la percepción y esquemas conceptuales que el hombre común se forja de muchas cosas. Y en consecuencia hoy día tenemos en gran medida una percepción digamos “fílmica” de la Historia. La película histórica es una forma social de hacer Historia. Imágenes, diálogos, personajes expresan los conflictos que habitualmente atenazan al género humano. A menudo son nuestras inquietudes y vivencias actuales los que se reflejan en las películas centradas en la Antigüedad. Nadie duda de la fuerza del cine para crear prototipos, o para extraer de los viejos temas y personajes aplicaciones moralizantes a realidades modernas.

Cuando hace ya algunos decenios el "cine de romanos" estuvo de moda, ofreció una perversión de la realidad histórica de Roma, adobada con estéticas arqueológicas no muy fiables, y respondiendo a menudo a consignas ideológicas en boga de diverso signo. Ciertamente el género se fue devaluando. Pero quedan en los anales del Séptimo Arte aportaciones excepcionales, como el *“Espartaco”* de Stanley Kubrick, que abordaba la eterna dialéctica opresión-rebelión, la tensión entre los que controlan y abusan del poder y los marginados, proyectando así al mundo romano las reivindicaciones sociales contemporáneas. O el *“Satiricón”* surgido de aquel laboratorio onírico que era la mente de Federico Fellini, inspirado con bastante libertad en la descarada novela del romano Petronio, pero pretendiendo huir de una canonizada Antigüedad diseñada según principios de valor imperecedero. Sus desenfadados protagonistas, ubicados fantasiosamente en la "dolce vita" de la Roma imperial, evocaban la contra-

cultura, el espíritu contestatario y liberal que se estaba viviendo por entonces, el famoso mayo del 68 parisino. Bastan estos dos ejemplos para mostrar cómo el cine se ha servido de los romanos como referencia, para expresar problemas e inquietudes muy actuales.

Algo de eso vemos también en el moderno auge de la novela histórica. Cuando se remonta a la Antigüedad sus temas suelen situarse más a menudo en el mundo romano. Pero retorno al cine. Hace no muchos años el "cine de romanos" volvió a la palestra con el film "Gladiator", distinguido con varios oscars. El primer fin de semana de su estreno llegó a recaudar nada menos que treinta y dos millones de dólares. Algo muy significativo para un género cinematográfico que llevaba un tiempo casi olvidado, e incluso denostado por la crítica. Probablemente la Academia de Hollywood no se hubiera arriesgado a resucitarlo, si no hubiera estado segura de que todavía el ambiente sociocultural, al menos en Occidente, podía generar tan positiva respuesta de taquilla. Y debió jugar en su favor el que Roma, a fin de cuentas, sigue estando muy presente entre nosotros como paradigma de muchas cosas. Nos sentimos muy identificados con aquella civilización, que nos ha impregnado más de lo que a menudo creemos. Seguimos percibiendo sus "efectos" en nuestro subconsciente, palpamos su herencia en muchas cosas. De hecho algunos de los problemas que la película de Ridley Scott plantea (sed de poder, afán de venganza, libertad e injusticia social) los leemos hoy en claves similares.

Aunque también es cierto que "Gladiator", que considero en general una estupenda película y con intérpretes de altura, pese a algunos deslices en la ambientación histórica, no contribuye precisamente a hacer olvidar algunos de los estereotipos que han forjado la imagen convencional de Roma que hoy percibe nuestra sociedad. Un mundo que tenemos la simplona tendencia de reducir a ciertos estereotipos: el caprichoso despotismo de los emperadores, la fastuosa e histriónica opulencia de sus aristócratas, expresada en inacabables fiestas y banquetes, el implacable aparato militar de dominación, los esclavos arbitrariamente maltratados, todos los grupos sociales disfrutando al unísono del espectáculo sangriento del anfiteatro, etc. Y también las catástrofes, como las famosas secuencias de la erupción del Vesuvio y la destrucción de Pompeya (recordemos la novela "Los últimos días de Pompeya" de Lytton). O las invasiones "bárbaras" que hacían tambalear el seguro reducto de civilización que era el imperio. Todo ello proyectado como símbolos de un mundo decadente y corrupto, que inevitablemente tenía que hundirse y desaparecer, dando sustancia a esa neura catastrofista frecuente en el cine actual, plagado de desastres naturales, amenazas alienígenas y dominaciones de la deshumanizada tecnología.

Quizás sea el momento de recordar que la esencia de Roma no podemos encontrarla en esas panorámicas reductoras de su auténtica realidad. Fue hasta cierto punto "eso", pero también otras muchas cosas, que resultan ser más decisivas, que incluso convierten a los viejos romanos ante nuestros ojos en tremendamente "modernos". Por ello siguen siendo la civilización de la Antigüedad que percibimos como más cercana a la nuestra. De ellos nos sentimos herederos, sus ideas, formas de vida, inquietudes, creaciones culturales, esquemas de conducta, etc., no nos parecen, desde luego, en las antípodas de nuestro mundo. Pondré simplemente algunos ejemplos.

Buscando complicidades entre "ellos" y "nosotros".

Todos somos conscientes de la importancia que hoy día tienen entre nosotros el cultivo de la imagen, la comunicación, la propaganda política electoral o el "marketing" comercial. Podemos pensar que son factores muy directamente relacionados con la forma de ser de nuestras modernas sociedades. Pero "funcionaron" en la Antigüedad. El arte romano, así la arquitectura, el retrato o los relieves históricos, tenía para el régimen imperial una fuerte dimensión propagandística. A través de tales manifestaciones se difundían las consignas políticas del poder, se visualizaban sus símbolos, se expresaba una idea del orden mundial, y se difundían los patrones culturales de la Latinidad. Todo con la intención de dar coherencia ideológica al estado y de expandir entre sus súbditos una conciencia de

unidad. Un ejemplo elocuente es el *Ara Pacis*, altar de la paz erigido en Roma por Augusto y hoy conservado, que desvela en diversas claves iconográficas las justificaciones mitológicas del providencial destino que los dioses habían reservado a Roma en la Historia.

Pero en aquel mundo a similares propósitos servía también la moneda. No hace todavía muchos años que en Europa hemos estrenado el euro. Y hasta llegar a tenerlo en nuestras manos y habituarnos a su circulación, no hemos llegado a percibir de forma realmente empírica el verdadero alcance que tiene ya la unificación europea. Muchos millones de personas, con afinidades en muchas cosas, con notables diferencias en otras, usamos el euro. Y lo hacemos de forma no muy diferente a como hace veinte siglos millones de súbditos de muy diversas etnias, lenguas e identidades culturales compartieron la moneda romana. Mediante lo que podríamos considerar auténtico antecedente de la primera unificación monetaria europea, Roma buscó consolidar un vasto espacio económico, que funcionó varios siglos con patrones homogéneos en torno al Mediterráneo, favoreciendo su progreso material. Pero hay también otro aspecto a destacar, que no se debe estrictamente a los romanos, pero sí a la Antigüedad: la configuración iconográfica de la moneda y su utilización no sólo con fines económicos, sino también propagandísticos. El diseño y los símbolos parlantes que ofrecen muchas acuñaciones europeas a lo largo del tiempo, hasta llegar a las actuales, deben mucho a la moneda romana: efigies de gobernantes, figuras alegóricas, conmemoración de acontecimientos importantes. En suma, la moneda como vehículo de consignas políticas.

Y el ejemplo de la moneda nos lleva a un tercero, con evidentes conexiones con lo anterior. Nadie duda de la decisiva importancia que hoy día tienen en la formación de la opinión pública los medios de comunicación. Entre los romanos ese factor funcionó de forma muy expresiva y con general difusión, a través de las inscripciones grabadas en piedra, mármol o bronce, que se emplazaron en todos los lugares públicos (foros, calles, edificios, obras de ingeniería). El "epigraphic habit" del que hablaba el profesor Mac Mullen. Nos han llegado miles de epígrafes, a menudo sirvieron para publicar documentos políticos o jurídicos, ensalzar los logros del régimen imperial, expresar los sentimientos religiosos, definir la imagen de los grupos dominantes, o dejar memoria eterna de importantes obras públicas.

Ese uso tan "moderno" de los medios de comunicación lo aplicaron también a lo que hoy llamamos "marketing electoral". Es evidente que cuando hay elecciones lo que suscita más expectativas y morbo entre los votantes no es el hecho de emitir el voto, un "espectáculo" sobrio y sin muchos condimentos, del que somos fugaces protagonistas, sino las campañas de los candidatos. En eso seguimos pareciéndonos a los antiguos. La esencia de la política es el arte de convencer, de poner en valor las propias tesis frente al adversario. Esa es también la clave de la abogacía. Y para entrenarse en ambas palestras surgió el arte de la Retórica. Pero también la propaganda electoral.

En muchas paredes de Pompeya, la ciudad que sepultó el Vesuvio en el 79 d.C., se pintaron carteles a modo de panfletos, en los que se pedía el voto en las elecciones municipales para los candidatos a las magistraturas. Y Quinto Cicerón, hermano del famoso orador homónimo, escribió un "manual del buen candidato" (*Commentariolum Petitionis*), muchas de cuyas agudas observaciones y sugerencias podrían ser hoy de recomendado uso para cualquier político con aspiraciones. Así las que tienen que ver con la "imagen" física y social del candidato (pose *-vultus-*, forma de hablar *-sermo-*, etc.); o con la necesidad de contar con oportunos e influyentes contactos, que resultan claves para alcanzar posiciones de privilegio, y especialmente para superar los inconvenientes de ser "*homo novus*" en la palestra política. Pero también es cierto que hay viejos vicios que modernamente hemos heredado, así el soborno y la violencia electorales. Sobre estas cuestiones el citado *Commentariolum* se expresa en términos que nos recuerdan situaciones muy actuales: "...que estas elecciones resulten un gran espectáculo popular, con la mayor brillantez, esplendor y despliegue de medios que esté a tu alcance y que, de ser posible, se hable de todo lo infamante, ilegal, deshonesto y corrupto que haya en la persona o en las actuaciones

de tus oponentes. Todo el esfuerzo durante la campaña debe dirigirse a mostrar que eres la esperanza del estado, pero evitando al máximo hablar de política, sea en el senado o en los mítines..." (*Comm.Pet.*, 52-53).

Al servicio de la imagen pública también funcionó entonces una forma de conducta social que, con orígenes en el mundo helénico, alcanzó su mayor difusión entre las aristocracias romanas. Me refiero al mecenazgo, término que toma su nombre de Mecenas, amigo de Augusto, famoso por sus liberalidades y su protección a las artes. A ejemplo del primer emperador, que invirtió gran parte de su fortuna en monumentalizar Roma y en beneficios para el pueblo, senadores, caballeros y notables municipales emplearon buena parte de sus recursos económicos en "beneficios sociales", sufragando espectáculos y banquetes, costeando monumentos y obras de ingeniería que embellecían las ciudades y hacían más comfortable la vida de sus habitantes, repartiendo alimentos en épocas de carestía o facilitando gratis el acceso a las termas, entre otras munificencias. Es cierto que lo hicieron movidos por expectativas mundanas, exhibir su riqueza, ganar popularidad, favorecer su carrera política o competir con otros en el "ranking" de la generosidad. Pero también muchos donantes mostraron así su sensibilidad hacia ciertas necesidades públicas y cierto compromiso ético con la ciudadanía, aunque no movidos por las expectativas trascendentes que caracterizarían a la *charitas* cristiana. Es indudable que salvando las distancias, y bajo diferentes parámetros, las actitudes filantrópicas de nuestros multimillonarios actuales, sobre todo en el mundo anglosajón, o el mecenazgo social y cultural de nuestras instituciones y empresas, algo muy de moda hoy, guardan muchas similitudes con el mecenazgo de los potentados romanos, constituyendo una más de tantas herencias de la Antigüedad que nuestra sociedad actual ha reivindicado.

Al considerar la publicidad en los procesos electorales romanos, o al valorar la incidencia social de los actos de mecenazgo, sin duda estamos tocando el terreno de lo que hoy solemos definir como "marketing político". Pero también debemos recordar ahora otro ámbito del "marketing", el mercantil, en el que los romanos también nos aportan significativos precedentes. Como es bien sabido el Imperio Romano fue durante varios siglos el más vasto espacio de intercambio económico conocido hasta entonces. No es tema a desarrollar aquí. Pero sí hay que poner de relieve cómo los comerciantes romanos desarrollaron también sus propias estrategias de difusión de "marcas" comerciales. Por ejemplo para vender desde Britannia hasta África, o desde Italia hasta Oriente, el muy apreciado aceite de la hispana Bética, de fama singular en aquel tiempo como la sigue teniendo hoy; o las conservas de pescado, la famosa salsa *garum*, cuyas ánforas iban marcadas con "denominaciones de origen" al estilo de *garum Hispanum*, para que no quedara duda de qué producto era el mejor para los exigentes consumidores en las más apreciadas mesas de Roma.

Y tengo que volver al film "Gladiator", pues también nos sentimos muy afines a los romanos en una de sus señas de identidad más popularizadas por el cine, la importancia que concedían al disfrute del tiempo de ocio, necesidad que Séneca señalaba en su tratado *De tranquillitate* (XVII, 4-8), y que se concretaba sobre todo en su afición por los espectáculos de masas. Los combates de gladiadores en la arena del anfiteatro, o las carreras de carros en el circo (recordemos ahora la espléndida secuencia al respecto que nos ofreció hace años "Ben-Hur"), constituyen secuencias muy típicas del "cine de romanos". Entonces, como hoy, la alta sociedad iba a los juegos "a ver y a que los vieran", como decía Ovidio (*Ars Amatoria*, I, 99). Y muchos aspectos de nuestros modernos espectáculos nos acercan a aquel mundo: la publicidad, pues los juegos eran anunciados con carteles en los lugares más concurridos, como hoy sucede con nuestras corridas de toros o partidos de fútbol, indicándose motivo, organizador, lugar, fecha y participantes; los ídolos de las multitudes, que eran entonces gladiadores y aurigas, ansiosos de obtener fama y gloria; los edificios más magníficos y emblemáticos, que eran los que acogían tales manifestaciones (teatro, anfiteatro, circo); el público, siempre exigente de novedades, así las cacerías con animales exóticos, o la participación de mujeres gladiadoras; nuestros modernos "fans"

o "hooligans", que eran entonces las *factiones*, fanáticos grupos de seguidores que llevaban la violencia a anfiteatros y circos.

Había que evadirse, y nada mejor para ello que favorecer las convocatorias lúdicas, que permitieran a la masa olvidarse de su precaria e incierta existencia cotidiana. El régimen imperial se sirvió de ello, tanto para desviar la atención social de los problemas más acuciantes, como para ganar el favor popular subvencionando a menudo los espectáculos. Como decía maliciosamente el poeta satírico Juvenal, a los romanos sólo les preocupaban dos cosas: *panem et circenses* (*Sat.*, X, 78-81). Ya he aludido a los *circenses*. Pero para acabar con los paralelismos debo aludir igualmente al *panem*, o sea al comer. Pero más bien al arte de comer refinadamente. También nos parecemos a griegos y romanos en las ansias gastronómicas que se han generalizado en nuestras opulentas y refinadas sociedades. Y por mucho que disfracemos nuestro término "simposio" de contenidos académicos, no podemos despojarlo de lo que es su original y, desde luego, no totalmente perdido significado, "reunión para beber", "festín".

Ya en los poemas homéricos los desmesurados banquetes están siempre presentes entre los héroes. E igualmente hoy como ayer el convivio funcionaba como espacio de representación y símbolo de rango, facilitando las relaciones sociales para hablar de lo divino y lo humano. Recordemos "El Banquete" de Platón o los "Deipnosofistas" de Ateneo. Y lo mismo que hoy día los más afamados cocineros se asoman a los medios de comunicación, se codean con políticos y gente de la cultura, y son imagen expresiva de algunos valores de nuestra sociedad, también entre los acaudalados romanos, donde hubo afamados prototipos de gourmets, los más cualificados cocineros fueron profesionales muy cotizados, así el famoso Apicio. Ahora, cuando se reivindican las "cocinas históricas", la árabe, la sefardí, también estamos redescubriendo la romana, una cocina que ofrecía platos tan elaborados y sofisticados, que a menudo los comensales no llegaban a saber qué engullían exactamente. Pero al menos "comían arte", y haciéndolo manifestaban su superior estatus.

Hay otra dimensión de la vida humana, conectada en ciertos puntos con lo anteriormente expuesto, en la que también podemos encontrar paralelismos entre nuestras avanzadas y consumistas sociedades y el universo existencial de griegos y romanos. Se trata de la exaltación de lo lúdico y lo festivo, como escape alienador de la a menudo dura realidad que nos rodea. En este sentido podríamos decir que hoy día no está de moda lo apolíneo, los ideales de equilibrio, autoconocimiento y autodominio que forjaron en buena parte el alma helénica. También la Grecia antigua conoció como antítesis de lo anterior un componente báquico, que se estimó ajeno a sus raíces por su procedencia oriental. Hoy vivimos tiempos donde se imponen las actitudes "dionisiacas", que acentúan las tendencias irracionales subyacentes en la naturaleza humana. Y hasta nuestra moderna cultura del consumo del vino y nuestros refinamientos gastronómicos actuales reutilizan los mitos antiguos como producto cultural moderno. Claro está, en este espacio presuntamente liberador de las ataduras de la racionalidad se pueden superar peligrosas fronteras cuando, a través del sexo, la droga y el alcohol, se busca reactualizar el acto orgiástico primitivo para huir de las normas, los convencionalismos o los códigos sociales. En esa estimulación sin límites de los elementos sensoriales juegan también los impactos auditivos y luminosos, y los mensajes subliminales recibidos en multitudinarias convocatorias musicales o a través de los medios de publicidad. Todo lo cual, incitando a la desmesura y extralimitación, y generando ambientes colectivos de trance emocional, evoca igualmente las enajenantes actitudes orgiásticas del mundo antiguo.

Un ideal de plena actualidad, que refleja una de nuestras más palpitantes preocupaciones, el futuro del género humano sobre la Tierra, es la conciencia ecológica, y consecuentemente el cuidado que prestamos a la conservación del medio ambiente. El hastío de la artificial ciudad y el aprecio hacia el campo y la Naturaleza salvaje, el atractivo de lo genuino e incontaminado es un fenómeno moderno del que encontramos precedentes antiguos, y que genera ciertas actitudes culturales. Pero los antecedentes de ese "menosprecio de corte y alabanza de aldea" (Fray Antonio de Guevara *dixit*) los

encontramos ya en la Antigüedad Clásica. No es que haya una continuidad, pero sí una identidad de respuestas ante los mismos dilemas. Y respondiendo a sentimientos afines ciertos intelectuales grecorromanos defendieron actitudes promotoras de una existencia natural y salvaje. Recordemos a los filósofos cínicos, que actuaron como una especie de contracultura ecologista, promoviendo una existencia natural y primaria frente a todos los artificios de la civilización. Ahí tenemos la imagen contestataria del "hippie" Diógenes en su tonel, despreocupado de casi todo y retador ante los artificios de la vida. Y para los epicúreos el ámbito propio del sabio era el campo. No es que haya una continuidad, pero sí una similitud de respuestas ante los mismos dilemas existenciales. Hoy el hombre de la ciudad reclama "zonas verdes" a sus ayuntamientos, y los poderes públicos buscan popularidad ampliando los espacios que acerquen la Naturaleza al hombre de ciudad, también los políticos romanos. Pero también los políticos romanos, conscientes de tales servidumbres, buscaron ya respuestas a la masificación e inhóspitas condiciones de vida de megalópolis como la desmesurada *Urbs*, desde Pompeyo a los emperadores, pasando por Julio César, que legó sus *horti* al pueblo romano.

Debemos recordar a tal efecto cómo la poesía bucólica, y toda una literatura de lo imaginario y exótico que recreaba mundos utópicos, elaboraron en aquel tiempo un variopinto catálogo de imágenes, referencia constante en la pintura europea desde el Renacimiento hasta la Ilustración del siglo XVIII, o en el mito del Buen Salvaje de Rousseau, que el cine del siglo XX volvería a reivindicar en la figura de Tarzán. El promotor de tal corriente fue Teócrito, griego nacido en una megalópolis, Siracusa, cuyo bullicio callejero retrata en uno de sus "Idilios", "Las siracusanas" (XV), como si fuera la entrada en el Metro en hora punta o en las rebajas de unos grandes almacenes. En Roma tenemos al ya citado poeta Virgilio, con su "bienaventuranza de los labradores" que ofrece en sus Geórgicas (II, 458-474), así como el famoso "*beatus ille*" salido de la pluma de Horacio (*Epod.*, II). Para ellos Roma era el terrible ámbito del *nec-otium*, del negocio, de una existencia ajetreada, del tumulto callejero, los compromisos de la vida social o las intrigas políticas. El "stress" del *homo urbanus* no es algo moderno. El crecimiento de las grandes ciudades helenísticas, y especialmente de la *Urbs* por excelencia, Roma, produjo bastantes incomodidades. Como contrapartida a ello el mito de la Arcadia feliz, donde se habrían conservado sin mácula las más prístinas y limpias esencias de la naturaleza humana, ha inspirado a poetas y artistas de muchas épocas.

Consideraciones parecidas podríamos hacer con relación a las actitudes antibelicistas que han ido calando en nuestro mundo, hastiado de tantas guerras, pero que resultan sorprendentes cuando afloran en escritores romanos como Horacio, Propertio o Séneca. A ellos les tocó vivir en una sociedad que, como muchas otras de tiempos antiguos, integró un fuerte componente marcial en su existencia. Desde otra perspectiva, los mitos, también la Antigüedad ha suministrado sustancia ideológica a nuestras modernas reflexiones sobre el sinsentido de la guerra. Así el gran conflicto que enfrentó a griegos y troyanos, descrito por Homero en la "Ilíada" (Giradoux). Y también aquel mundo, como hoy el nuestro, estuvo lleno de inseguridades, motivadas por guerras y calamidades sin tregua, suscitando en el ser humano muchas interrogantes sobre los viejos valores, agitando las conciencias, creando incertidumbres respecto al futuro. Una "época de angustia" compartida por paganos y cristianos, por recordar el título de la conocida obra del profesor Dodds. Y en tales momentos, ayer como hoy, tenían que surgir las falsas esperanzas y las fórmulas escapistas, pues proliferaron los oráculos, los interesados profetas y las sectas salvadoras. Luciano de Samosata nos presenta, por ejemplo, el éxito que alcanzó uno de aquellos videntes, Alejandro de Abonutico, quien se enriqueció gracias al oráculo que fundó, al que acudían gentes de todas partes. Y es que se había dado cuenta de algo elemental, pero que sigue teniendo plena vigencia en nuestro mundo actual, pese a sus avances y comodidades, que "la vida humana está dominada por dos grandes tiranos, la esperanza y el miedo, y que quien pudiera manipular cada uno de ellos de forma conveniente se haría rico..."

Termino aquí este breve pero sugerente elenco de similitudes, o sea de preocupaciones y sentimientos compartidos por “ellos” y “nosotros”. Aunque sea a modo de rápido flash nos han permitido observar a los romanos con cierto aire de complicidad, pues en sus formas de conducta se acaban pareciendo a nosotros mucho más de que lo que su lejanía en el tiempo podría hacer pensar. Quizás, entre todas las sociedades de la Antigüedad, los entendemos a ellos mejor porque los medimos con las mismas reglas que nos aplicamos a nosotros mismos. Y si lo hacemos así no podemos olvidar otra cuestión muy candente en las últimas décadas ha servido para establecer paralelismos entre nuestros respectivos mundos. Hoy día el análisis de los fenómenos imperialistas está de rigurosa actualidad, ante la hegemonía de los Estados Unidos y el no muy lejano hundimiento del “imperio” soviético. Las razones que generaron la proyección expansionista romana, y las pautas metodológicas que dicho imperialismo fue adoptando para integrar a entidades políticas y etnias muy diversas, siguen siendo temas objeto de abiertos debates entre los historiadores, como modelo y antecedente de los modernos imperialismos y colonialismos. Y a menudo ha sido precisamente la imagen de un estado ambicioso, opresor de pueblos menos civilizados (obviamente desde la óptica romana), pero libres, fomentador de desigualdades sociales y destructor de culturas ajenas, la que ha servido de pretexto a opiniones muy negativas sobre lo que significó la “romanización”.

Este concepto, a menudo mal utilizado, sobre todo a la hora de evaluar su auténtico impacto, nos lleva a otra candente cuestión, muy presente en diversas partes del mundo actual: los conflictos de lenguas y culturas. Es un debate que también suscita el análisis de la experiencia imperialista romana, en muchos aspectos integradora, pero también destructora a la vez. Pues los grandes logros alcanzados por la Latinidad en la configuración de un espacio cultural homogéneo en gran parte de Europa, no deben hacernos olvidar que todo ello se fue fraguando como superación de episodios bélicos, tensiones sociales y diferencias ideológicas. Todo ello tenía sin duda que aflorar en un imperio que fue, no lo olvidemos, un vasto conjunto multiétnico y plurilingüístico. Ahora que se habla tanto de conflictos entre culturas, podemos entender mejor qué pasó cuando los griegos, conducidos por Alejandro Magno, expandieron la civilización helénica hasta Oriente, llegando a las fronteras de la India. O cuando los romanos propagaron la suya hasta los confines de Occidente o por el norte de África. Culturas dominantes y dominadas, sociedades biculturales, procesos de aculturación, de asimilación o resistencia ante otra cultura prepotente. Cuestiones antropológicas de enorme actualidad, pero que reavivan algunos importantes problemas que ya se suscitaron en el mundo romano.

Al hilo del discurso historiográfico de tiempos recientes sin duda se han elaborado sobre lo que realmente fue Roma algunos clichés desfigurados que, como ya hemos subrayado, los modernos medios de comunicación han contribuido a fijar en nuestro imaginario histórico. Pero también es cierto que entre las generaciones que a lo largo de los siglos tornaron su vista a lo que Roma significó y legó a la posteridad, podríamos señalar actitudes opuestas, es decir la sobreestimación de los romanos, ello en nombre de los valores que se supone representaron. Esta tendencia se ha dado, por ejemplo, en la política, entendiéndolo “lo romano” como fundamento y referencia en coyunturas ideológicas de muy diverso signo. Lo cual no debe extrañarnos, pues a menudo las épocas pasadas han sido ideológicamente más influyentes, cuando han sido mal entendidas, o su código de valores ha sido desvirtuado.

Tenemos de ello dos ejemplos significativos, la Revolución Francesa y el Fascismo. La Revolución Francesa, y más concretamente el entorno “revolucionario”, estuvo plagada de nostálgicas evocaciones de la cultura romana: en el lenguaje (términos como tribunado, consulado, senadoconsultos), las artes y la ideología política (patriotismo, virtudes), en sus protagonistas, ideas y discursos. Aunque se ensalzaba no el Imperio, que evocaba el Antiguo Régimen, sino la Roma de la vieja República, la portadora de los valores más auténticos de la ciudadanía. Y se recurrió a ella no a título de referencias ornamentales o anecdóticas, sino como justificación y legitimación de muchos actos. El famoso gorro rojo o frigio no es

otro que el *pileus* de los libertos romanos; los ejércitos creados en abril de 1792 fueron considerados *legiones*; las condecoraciones eran coronas cívicas; en los juegos de cartas se reemplazó a los reyes por sabios de la Antigüedad, etc. Y la obsesión napoleónica por desarrollar la red de comunicaciones se inspiraba en el modelo romano, lo mismo que la multiplicación de baños públicos evocaba aquellas magnificentes termas romanas que se abrieron “democráticamente” a todos los sectores sociales. Aunque paradójicamente la figura de Espartaco, líder de los esclavos rebeldes contra Roma, estuvo mal vista por agitador y colectivista, a ojos de unos revolucionarios para quienes la propiedad privada era uno de los derechos naturales del hombre.

Pero también las esencias “clásicas” fueron utilizadas luego como estandarte entre corrientes conservadoras muy influyentes en la cultura europea de fines del siglo XIX y primer tercio del XX, defensoras de regímenes políticos de corte elitista y muy críticas hacia las democracias parlamentarias. La Roma clásica, paradigma inmutable de valores que había que defender, fue una de sus principales referencias. Aunque en este caso la reivindicación de una nueva *Romanitas* viril y conquistadora tampoco se limitó a circunstanciales alusiones a la patria, el destino civilizador, la jerarquía y el mando. Todos, ciertamente, valores “muy romanos”, que acabaron siendo componentes básicos de la ideología imperialista propia del Fascismo, especialmente en el caso de Italia. Y por todo ello la huera retórica y la parafernalia de símbolos exhumados del pasado romano que lo distinguieron, no favorecieron mucho la imagen de la antigua Roma ante el progreso de las democracias tras la Segunda Guerra Mundial.

Pero tratando de superar esa mala imagen ante las sociedades modernas, partiendo de la convicción, asumida por los propios romanos, de la superioridad cultural de los griegos, y quedando ante la Historia perfilados más como transmisores que como creadores, ciertas interrogantes surgen de inmediato sobre los hijos de Eneas. Y podemos hacernos algunas importantes preguntas: ¿acaso no añadieron nada realmente propio a la génesis de la cultura europea?, ¿no nos ofrecen nada genuino, salvo el Derecho, único terreno donde se les reconoce su carácter de auténticos aportadores?, ¿se limitó su contribución histórica sólo a difundir los tesoros culturales heredados de la Hélade?

Compartiendo su lengua, redescubriendo su literatura.

Es cierto que el redescubrimiento de la Antigüedad Clásica desde el siglo XVIII (ahí tenemos la figura de Winckelmann) ha saltado frecuentemente sobre la contribución romana para alcanzar las limpias aguas de las originales fuentes helénicas. Esta perspectiva romántica de la cultura clásica ha favorecido sin duda la sobrevaloración de “lo griego” en detrimento de “lo romano”. Pero en términos de justicia histórica habría que alegrar que la tarea de transferirnos el legado de la Hélade a las siguientes generaciones de la Humanidad no fue poca cosa. Y nosotros, beneficiarios de ello, deberíamos reconocer el papel singular de Roma en la configuración de Europa, que se refuerza con más argumentos si se recuerda que, a través de ella, el patrimonio intelectual de los griegos llegó a influir hasta en la misma cultura cristiana, que ha resultado decisiva en la gestación de nuestro modelo de civilización occidental y de sus más identificativos valores. Esta inequívoca realidad no deberían olvidarla quienes diseñan la futura Europa más desde coyunturales pragmatismos políticos y económicos, que desde una asumida conciencia de lo que es la personalidad histórica de los europeos. Y en esa identidad cultural siguen estando latentes también las propias aportaciones romanas. Pasemos al menos a esbozar algunas de las más significativas.

Para empezar hay que señalar cómo la pervivencia y revitalización de ese sentimiento de unidad cultural que Europa posee, debe mucho a uno de los fundamentos culturales del ser humano: la capacidad de comunicación a través de la lengua. Uno de los grandes patrimonios que nos ha dejado la Antigüedad Clásica son las lenguas romances. Es cierto que los mismos romanos minusvaloraron su propia habla, que estimaban pobre al compararla con la riqueza del griego, al que en última instancia remonta nuestro vocabulario abstracto, el que nos sirve para proyectar nuestros pensamientos y

creaciones intelectuales. Pero nuestra comunicación cotidiana está continuamente basada en una de las más decisivas herencias que nos dejó Roma, el latín. Y su presencia entre nosotros también sigue siendo elocuente en otra dimensión de la comunicación e identidad social, la onomástica romana, muy viva en los modernos países que en su tiempo formaron parte de aquel imperio o que luego compartieron el espacio de la Romanidad.

Con una visión mediocre y tendenciosa la lengua de Virgilio ha sido considerada en tiempos recientes una "lengua muerta". Tan frívola afirmación es rigurosamente inexacta pues, como señala Rebecca Posner "un idioma sólo muere cuando mueren sus transmisores o cuando éstos adoptan otra lengua". Fue lo que ocurrió con muchas lenguas prerromanas. Por el contrario el latín, además de haber sido un potente vehículo de transmisión cultural en Europa durante muchos siglos, hoy sigue perviviendo en las modernas lenguas romances o neolatinas, y así se ha perdurado generación tras generación. Incluso un idioma tan singular y alejado en sus orígenes de la lengua del Lacio, el vasconce o euskera, tomó préstamos del mismo.

Es cierto que cuando en 1965 el Concilio Vaticano II permitió el uso de las lenguas autóctonas en la liturgia de la Iglesia Católica, el latín perdió el privilegiado estatus que durante largo tiempo había tenido. Hoy se habla de la necesidad de revitalizarlo, actualmente se están acometiendo algunos proyectos no sólo para conservarlo, sino incluso para darle una función práctica. Quienes lo desconozcan quizás se sorprendan al saber que desde 1989 hay en Finlandia, país que nunca perteneció al espacio de la Latinidad, una emisora única en su género que emite semanalmente noticias en latín (*Nuntii Latini*), con gran éxito según parece. Sus promotores han tenido la divertida idea de inventar palabras neolatinas para describir realidades o inventos modernos. También desde 1992 la "Latin Foundation", creada por el Papa Pablo VI, está publicando el *Lexicon Recentis Latinitatis*, en suma el léxico del "latín contemporáneo". Gracias a tales iniciativas sabemos que los romanos hubieran podido llamar a una central nuclear *electrificina nuclearis*, a la explosión demográfica *incrementum populi terrestris*, al efecto invernadero *phaenomenum tepidarii hortensis*, a los discos de música *orbium phonographicorum theca*, al bikini *vesticula balnearis bikiniana*, al fútbol *pedifolium* y a Nueva York *Neo-Eburacum*. La *Academia Latinitati Fovendae* (Academia para el Fomento del Latín), en un congreso internacional celebrado hace unos años en Madrid, reivindicaba la funcionalidad moderna de la lengua de Horacio como vehículo de entendimiento entre los europeos.

Todos los elementos del léxico y la gramática comunes a las lenguas romances son de origen latino. Muchos europeos compartimos un vocabulario básico sin interrupción desde la época romana. En palabras como *panis* (pan/ pain/ pane, pîne en rumano), o *arbor* (árbol/ arbre/ albero), por poner unos ejemplos básicos, observamos una clara continuidad. Es precisamente en el vocabulario de uso cotidiano donde mejor se constata en las lenguas romances la pervivencia de palabras que evocan el latín. Nuestra comunicación cotidiana está habitualmente basada en una herencia de Roma. Por debajo de las variantes fonológicas permanece el mismo sustrato semántico, que tipifica a esa "protolengua" romance de la que se derivaron las variantes posteriores, y que hunde sus raíces en el latín. Latín hablado y escrito por los habitantes de todo un vasto espacio geográfico que formó parte del imperio romano, y coincidente con el actual ámbito de las lenguas romances. Las lenguas prerromanas (celta, íbero, ligur, etrusco, ilírico, osco, umbro, etc.) fueron siendo abandonadas a favor de un latín que ofrecía más expectativas de progreso social y económico. Y, lo que resulta también significativo, no hay constancia de que su dominancia fuera impuesta políticamente por la fuerza.

Pero, además, los préstamos directos del latín no son una exclusiva de las lenguas romances. Otros idiomas europeos no romances se han ido enriqueciendo a partir del latín o de las hablas romances, caso del inglés, el alemán o el galés. Es cierto que el área de expansión del latín se restringió tras la caída del imperio romano. Hubo zonas, como *Britannia*, donde no logró arraigar como lengua popular, sino sólo secundaria. Pero no se impuso una lengua celta prerromana, sino las hablas germánicas

importadas por invasores llegados del continente. Se ha calculado que una cuarta parte del vocabulario inglés procede del latín, que se consideró siempre una lengua culta en aquellas tierras. Es lo que se suele llamar el "inglés académico". También una lengua prerromana como el galés, a causa de la presencia romana en la isla, ofrece muchos préstamos latinos. En el caso del alemán la infiltración de términos latinos se produjo mediante los intercambios comerciales realizados a través de las fronteras del imperio romano, incrementándose ese proceso en los períodos merovingio y carolingio por influencia del latín eclesiástico.

Ciertamente el área de expansión del latín experimentó también importantes retrocesos. En el norte de África, uno de los primeros espacios mediterráneos ocupados por los romanos, la lengua de Horacio se fue perdiendo ante la expansión del Islam, aunque se conservan algunas palabras en los dialectos bereberes. En diversas provincias del *limes* europeo el latín cedió ante las lenguas germánicas o eslavas, salvo el sorprendente caso del rumano, al norte del Danubio, pese a que la presencia romana en la provincia de Dacia sólo duró siglo y medio (107-271 d.C.), perviviendo hoy aunque con préstamos del eslavo y del griego. Pero el latín se impuso con tanta fuerza que incluso a los pueblos invasores germanos, como ostrogodos, visigodos, francos, les fue imposible erradicarlo, y terminaron no sólo adoptando la lengua, sino la cultura de sus dominados que reconocían como superior a la suya.

Esa transmisión de formas léxicas y conceptuales comunes a muchos idiomas europeos es el legado más notable de la lengua latina. Pero quedan otros importantes aspectos. Por ejemplo el uso del alfabeto latino para la escritura en las áreas celta, germánica y magiar. De las lenguas eslavas solamente el polaco y el checo usan el alfabeto latino en vez del cirílico. Con la expansión del Cristianismo los sistemas occidentales de escritura (así el Ogham irlandés, la escritura de runas escandinava) fueron reemplazados por el alfabeto latino. La escritura latina se ha utilizado igualmente en la creación de sistemas para escribir lenguas que hasta tiempos recientes han sido solamente orales, como las africanas, o en la "romanización" de otras lenguas, es decir en su transcripción, como por ejemplo los caracteres chinos.

Otro hecho decisivo es que algunas lenguas derivadas del latín, como el castellano, el portugués o el francés, y otras fuertemente influidas por él, como el inglés, se hayan ido expandiendo fuera de Europa. Hoy día, en un mundo totalmente abierto por el desarrollo de las comunicaciones, y dominado por la informática -por cierto que "computadora" y "computer" vienen del latín *computare* (calcular) y "ordenador" de *ordinare/ordinator* (poner en orden, organizar)-, se sigue echando en falta ese vehículo que facilite la conexión entre culturas y razas. Se ha generalizado el inglés, no sin suscitar ciertos recelos entre las comunidades lingüísticas "romances". Por el contrario algunos intentos "técnicos" con el mismo objetivo, disponer de una lengua de uso universal, tal es el caso del esperanto, no han llegado a consolidarse.

A todo ello hay que sumar otro hecho decisivo. Cuando en la Edad Moderna el latín empezó a perder su condición de *koiné* cultural de Occidente, dejó como precioso legado a las lenguas vernáculas una prueba de su vitalidad: un arsenal de materiales y procedimientos léxicos, un sistema para componer con sufijos y prefijos términos nuevos, que permite seguir formando neologismos científicos y técnicos para responder a las nuevas necesidades de la comunicación humana. La comunidad científica sí ha encontrado ese espacio lingüístico neutral y abierto, pues el latín ha proporcionado el vocabulario específico de uso común en disciplinas como la Zoología, la Botánica, la Química o la Medicina.

La terminología científica es el ámbito privilegiado de determinados grupos sociales definidos por su especialización en diversos campos del saber. Sus contenidos se renuevan y enriquecen según progresa el conocimiento, y hay que ir definiendo periódicamente nuevas realidades y conceptos. Al mismo tiempo es un dominio universal, porque lo usan especialistas de diferentes países y culturas para comunicarse. Tales convenciones en el mundo científico están fuertemente marcadas por los idiomas

clásicos, griego y latín. Y no sólo en la lengua en sí, sino en el sistema para componer con sufijos y prefijos términos nuevos, como vemos muy bien en Medicina. Y no sólo porque el latín y el griego sean lenguas de prestigio universal, sino también porque aportan muchas ventajas funcionales: tradición, expresividad, aptitud para la composición de neologismos. Lo mismo pueden servirnos para definir causas o características de las enfermedades, que para identificar el nuevo instrumental científico.

Otra herencia clásica fundamental la percibimos a través de la Literatura. Hay que empezar destacando de nuevo la figura de Virgilio, el gran poeta nacional de la renaciente Roma de Augusto, muy influyente en todas las corrientes literarias posteriores. Para los Santos Padres de la Iglesia primitiva fue el profeta de los Evangelios, viendo en su Cuarta Égloga un anuncio del advenimiento de Cristo. Y en la época victoriana, período culminante del imperialismo inglés, Virgilio es venerado como el "poeta nacional" de Roma, la cima de la exaltación patriótica del nuevo orden impuesto por Augusto. También el fervor nacionalista del Risorgimento italiano lo exaltó: Italia, la madre nutricia (Geórgicas), Roma soberana y civilizadora (Eneida). Sus obras se han convertido en modelo de dos géneros poéticos: las "Bucólicas" del pastoril, la "Eneida" de la épica. Las clases políticas han necesitado muy a menudo poetas que exaltaran sus logros. En este sentido Virgilio fue el prototipo de los poetas cortesanos del Renacimiento, de lo que fueron Shakespeare y Purcell para el teatro y la música en la Inglaterra isabelina, Camoens en Portugal o Corneille y Racine en la exuberante Francia del siglo XVII.

Pero la aportación romana prevalece igualmente en otros órdenes literarios. Así sucede con la sátira, en la que se fustigan los vicios, corrupción o miserias de una sociedad con propósito de mejorarla. El estado y los políticos han estado a menudo en su punto de mira. No nos pueden extrañar los grandes riesgos que a lo largo de la Historia han corrido los poetas satíricos, y el furor que han suscitado entre sus satirizados. Una variante es la sátira menipea, combinación de prosa coloquial y verso que alterna el humor con la seriedad. Exponente destacado es el "Satiricón" de Petronio, llevado al cine, como vimos, por Fellini. Las fábulas de animales de Fedro, liberto de Augusto, proporcionaron otro vehículo para la sátira, utilizando la alegoría. Y el género tuvo mucha influencia en la literatura posterior, así lo vemos en el francés La Fontaine y en toda la sátira inglesa del XVII-XVIII. Por ejemplo "The Beggar's Opera" de John Gay, ya que ofrecía la posibilidad de trazar paralelismos entre la civilización romana del Imperio (concretamente su decadente aristocracia) y la sociedad británica entre 1550-1750 (períodos isabelino y jacobino), fustigando los vicios humanos (avaricia, lascivia, hipocresía, ambición, adulación).

Los abismales contrastes entre ricos y pobres en el contexto de sistemas sociales muy jerarquizados, generaron las protestas contra la monarquía y la aristocracia de republicanos y puritanos. Como hicieron los poetas romanos, así Persio atacando la corte de Nerón, o Marcial y Juvenal dirigiendo sus dardos contra Domiciano (un emperador "malo" hoy reivindicado), y aunque no atacando la propia esencia de la autocracia, la sátira inglesa cargó las tintas contra los beneficiarios de todo un sistema. Así Samuel Johnson, o el propio Lord Byron, aristócrata pero defensor de la libertad. En España tenemos a Quevedo, que corrió sus riesgos ante el poder, como les pasó a algunos satíricos romanos. La sátira ha tenido continuidad en los siglos XIX y XX con autores como Dickens o Aldous Huxley. O en géneros como los "music-halls" victorianos, la ópera cómica, y más recientemente producciones de cine o televisión (así "Monty Python's Flying Circus"), que echan buena mano de la parodia y la fantasía para fustigar nuestros complejos, fobias o excentricidades.

Otro sugerente reencuentro con las raíces clásicas lo hallamos en la literatura erótica, que ha encontrado amplia inspiración en la sensualidad desbordante de muchos episodios mitológicos, especialmente los relacionados con Afrodita-Venus y sus amores con Adonis. El erotismo ha sido uno de los aspectos más ocultos de la naturaleza y condición humanas, reprimido en épocas inquisitoriales, pero también utilizado en otras, a veces abusivamente, como estandarte liberador. Autores latinos como Tibulo, Propertio, Catulo, Horacio, Marcial, Petronio, Apuleyo, son destacados exponentes de su proyección literaria. Posteriormente la tradición clásica del género se iría reavivando desde la Edad

Media hasta el siglo XVIII, pasando por el Renacimiento. Hay una enorme documentación en la Arqueología o la Mitología para ilustrar la alta permisividad que ante el "hecho erótico" tuvieron griegos y romanos. Pero también la tuvieron en tiempos más recientes las cortes europeas del XVII y XVIII (luego vendría el puritanismo victoriano), atraídas por la recreaciones teatrales y musicales de los mitos clásicos. La sensualidad desbordante de muchas historias de la mitología grecorromana se ha reactualizado periódicamente en la pintura, la escultura, la literatura, y más contemporáneamente el cine. E igualmente por la creación musical, sirvan como exponentes de ello "Dido y Eneas" de Purcell, "Orfeo y Eurídice" de Gluck, "Alceste", "Admeto" o "Hércules y Semele" de Haendel o la "Medea" de Charpentier. Incluso el mito eterno del "Don Juan" lo podemos rastrear en la Mitología clásica en figuras como Hércules, del que ya Plutarco decía que "sería un trabajo del propio Hércules enumerar todos sus amores" (*Sobre el amor*, 761d). Aunque también los tiempos antiguos conocieran tendencias represoras "oficiales" del hecho erótico, basta recordar la condena y destierro del poeta Ovidio por el emperador Augusto, por considerar inmoral su famosa obra *Ars Amandi*.

La aportación clásica llega también a la escena. Hasta el Renacimiento no se revitalizó el interés por el teatro clásico. Pero ¿hay una contribución específicamente romana en este sentido? Quizás sea la comedia, vehículo de expresión del entorno sociológico inmediato, algunos de cuyos temas "eternos" remontan a la época romana. Todo lo que sabemos de la Comedia Nueva debe deducirse de las imitaciones romanas del género. Algunas obras de Plauto parecen ser las correlativas latinas de otras griegas. Por eso se han buscado los "elementos plautinos" en Plauto, lo más original en él. La comedia romana se transforma en vehículo de expresión del entorno sociohistórico inmediato. El tema plautino de los "Menaechmi", el equívoco de los gemelos idénticos, ha sido utilizado más de una vez por el cine, y lo tenemos hasta en la película "Big Business" de Disney (1989). Y la "Andria" del otro gran comediógrafo romano, Terencio, es precedente de una de las mayores creaciones del teatro italiano, "La Mandrágora" de Maquiavelo. En la Comedia Nueva antigua encontramos otros temas "metahistóricos". Así el amor problemático entre dos jóvenes que encuentra resistencia, generalmente paterna. Pero cerca del final de la obra, gracias a un giro de la trama, el héroe se sale con la suya. O el engaño amoroso, un enredo complejo e ingenioso que envuelve a Eros en una tupida red de intenciones e identidades falsas. Más que erotismo descarado es coqueteo ingenioso el que emana de este tema, que también sedujo al gran Mozart en su desenfadada ópera "Così fan tutte". Y el tipo romano del esclavo intrigante y hábil en mil triquiñuelas, el *servus dolosus*, aquél que genialmente encarnaba Zero Mostel en la película "Golfus de Roma", genera todo un moderno elenco de simpáticos tunantes tipo Arlequín o Polichinela, Sancho Panza o Leporello.

Pero si una tendencia específicamente romana pervive en el teatro moderno debemos buscarla en la tragedia. A través de las versiones latinizadas se mantuvo la herencia del teatro griego. Séneca ha sido el autor que más interés ha suscitado al respecto por la fuerza y rigor de su dramaturgia, aunque probablemente escribió sus tragedias más para ser leídas o declamadas que representadas. Muchos autores del Renacimiento y épocas posteriores, siguiendo al inmortal cordobés, ubicaron en la Roma imperial el ambiente de sus tragedias, cuyas tramas y protagonistas apuntaban en última instancia a la Europa políticamente absolutista. Son referencias al respecto obras como "Fedra" o "Medea". La historia de Medea, la hechicera de la Cólquide, remoto lugar hasta el que viajó el héroe Jasón en busca del Vello de Oro, es posiblemente el tema clásico que ha tenido mayor influencia en la literatura, música y arte, siendo objeto de múltiples versiones en tiempos antiguos y recientes. Cada período ha actualizado el mito, lo ha reinterpretado de acuerdo con las inquietudes y gustos coetáneos. Es un exponente de cómo una historia que convulsionó al público grecorromano sigue interesando al espectador muchos siglos después. Los personajes, análisis psicológicos o facetas del alma humana que se despliegan en las obras de Séneca han sido constantemente reciclados a través del teatro, la ópera, el cine o la novela contemporáneos (Eliot, Joyce, Sartre, Cocteau, etc.).

Mitos, arquetipos y valores humanos.

Medea es uno de los más apasionantes y conmovedores personajes de la Mitología griega. Y la Mitología es, precisamente, otra fascinante dimensión de la creatividad humana, donde la Antigüedad ha aportado decisivas inspiraciones a la cultura europea. Ovidio y sus famosas "Metamorfosis", al "desbarbarizar" los mitos clásicos y ofrecer un modelo estilístico para narrar sus episodios, le ha brindado un rico caudal de caracteres e historias, aportando multitud de inspiraciones al arte, la literatura o la música, sobre todo desde el Renacimiento, por su innata intemporalidad y sus profundos valores estéticos. Podríamos aportar multitud de ejemplos, lo mismo en el Arte (Botticelli, Rembrandt, Rubens, Tiziano), en la Literatura moderna (Shakespeare, Racine, Milton, etc.), o en la contemporánea (Joyce, Elliot, Cocteau, Graves, Mann, etc.). E igualmente en la música culta, en la que prevalecen los intemporales mitos clásicos. Éstos llegan desde las óperas barrocas (Monteverdi, Landi, Lully, Purcell, Rameau o Haendel), y pasando por el Clasicismo del XVIII con Haydn o Mozart, hasta los grandes creadores del siglo XX, pensemos por ejemplo en Ravel (Dafnis y Cloe), Stravinski (Edipo Rey, Orfeo), Richard Strauss (Electra, Ariadna en Naxos), Enesco (Edipo), etc. A su vez en la Inglaterra victoriana del XIX los mitos antiguos fueron considerados desde una perspectiva ética, viendo en ellos un caudal de ejemplos moralizantes con valor educativo.

Y debemos retornar ahora al Séptimo Arte, con su enorme fuerza para crear modelos inspirados muchos de ellos en la Antigüedad, o para ofrecer aplicaciones moralizantes de viejos temas a realidades modernas. El celuloide ha rescatado de aquellos siglos a sus más aventureros héroes mitológicos, Hércules, Jasón o Ulises, "supermanes" descubridores de mundos exóticos y protagonistas de maravillosas hazañas, estereotipos para nuestras modernas historias de ciencia-ficción, y también como ellos humanizados por la pasión amorosa. Pues junto al héroe, desde los tiempos antiguos, siempre ha existido una historia de amor. Recordemos sólo algunos ejemplos bien conocidos, como "Orfeo Negro", "Furia de titanes", "Jasón y los Argonautas", "Hércules", "Helena de Troya", o la más reciente "Troya" de Wolfgang Petersen (2004).

Pero no sólo compartimos con los espectadores grecorromanos un mero interés artístico por los mitos, sino también el efecto catárquico y purificador que la identificación con sus héroes sigue produciendo en nuestras almas. Los mitos clásicos constituyen elementos de referencia para nuestro universo simbólico, religioso o psicológico, ya que ofrecen arquetipos de validez universal en los que nos vemos reflejados, o suministran prototipos para otros nuevos. Polimorfos y dinámicos como la vida misma, en los mitos y sus protagonistas, se llaman Ifigenia, Orfeo, Antígona o Ulises, están latentes nuestras inquietudes personales. En ellos plasmamos nuestras claves sentimentales, nuestras grandezas y miserias, nuestras aspiraciones; nuestra nostálgica e idealizadora ansiedad por retornar a nuestros orígenes, a la esencia de lo que sustancialmente somos como Humanidad más allá de los artificios que nos envuelven. En suma nuestros sueños personales o colectivos. Sus personajes reflejan virtudes o defectos que se pueden glosar con intención educativa o moralizante. Por ejemplo, en "Antígona" observamos la dicotomía entre responsabilidad y libertad personal y autoridad del Estado. El desafío de la heroína griega lo trasladaría Anouilh a la dramaturgia actual. A su vez "Ifigenia" plasma el sometimiento del individuo al bien común. También los mitos clásicos pueden aplicarse para reinterpretar a través de ellos nuevos universos ideológicos, como hizo por ejemplo el Cristianismo con el de Orfeo. Orfeo ha sido, precisamente, uno de los personajes de la mitología antigua que, por sus dones musicales y poéticos, más ha seducido a los artistas de todos los tiempos. De forma muy especial a los compositores del Barroco, como Monteverdi y Gluck, aunque también con Offenbach ha tenido su versión bufa en la opereta.

La explicación mítica nos permite captar y representar complejos estados del alma humana, modelos de conducta. Entramos así en la interpretación "científica" del mito. La tragedia griega,

especialmente Sófocles y Eurípides, motivó algunas de las reflexiones más significativas de Freud, padre del Psicoanálisis y la Psicoterapia, sobre los comportamientos humanos, los problemas de organización y desorganización de la personalidad, del consciente y del inconsciente, de los sentimientos de culpabilidad e inocencia. Para él ciertos mitos reflejaban modelos de conducta universales en el desarrollo psicológico humano. Recordemos los complejos de Edipo y Electra. Las teorías de Freud influyeron en artistas como el músico Stravinsky (*Oedipus rex*), el dramaturgo Cocteau (*La machine infernale*) o el cineasta Pasolini (*Edipo Re*). También los conceptos freudianos sobre lo “apolíneo” (orden, equilibrio, racionalismo) y su antítesis, lo “dionisiaco” (irracionalidad, exceso, transgresión), abrieron nuevas perspectivas al profundizar en los componentes más salvajes de los mitos clásicos, superando la visión idealizadora de los mismos. Una ruptura acentuada desde innovadoras disciplinas científicas, como la Antropología, al interpretar los mitos bajo el prisma de los rituales arcaicos que hoy sobreviven entre los “primitivos” actuales (Frazer, *La rama dorada*).

A través de la Mitología nos acercamos al terreno de la Religión. Es uno de las facetas del mundo grecorromano que menos impacto ha dejado en la herencia cultural europea. Pero contiene un valor que proyecta hasta hoy su actualidad, como superación de lamentables antagonismos que frecuentemente han ensombrecido la Historia: la tolerancia religiosa. Ya fuera por un cierto fondo ideológico común, propio del sustrato cultural mediterráneo, ya por el carácter politeísta y antidogmático de muchas religiones antiguas, se produjo entonces un notable nivel de convivencia en este espacio ideológico, fruto de un cosmopolitismo cultural impulsado desde las conquistas de Alejandro Magno en Oriente, que adquirió consistencia política bajo el Imperio Romano. El paradigma griego había sido la "ciudad-estado" como modelo de organización política a escala de lo humano, que propiciaba el conocimiento mutuo, pero también limitaba las posibilidades de desarrollo. Sin embargo los movimientos filosóficos surgidos en pleno Helenismo, que fueron muy influyentes en Roma desde el siglo II a.C., especialmente entre su clase dirigente, fomentaron una civilización ecuménica y generaron una conciencia de igualdad, entendimiento y hermandad universal superadora de los particularismos locales. Ya en época imperial romana el poder político vislumbró cómo desde el ámbito de la religión podía propiciarse la integración pacífica de comunidades heterogéneas. Y aunque el proceso no fue coactivamente propulsado desde instancias oficiales, se avanzó hacia un sincretismo conciliador. En este sentido el culto imperial actuaría como factor integrador de diferentes etnias y culturas. La persecución de grupos étnico-religiosos como los judíos, o de prácticas rituales, como el famoso incidente de las Bacanales, tienen una explicación más política que doctrinal.

En un Mediterráneo política y cultural fragmentado quizás la propagación de tales ideales no hubiera sido posible. Pero fueron la unificación política y la red de comunicaciones impulsadas por la *Pax Romana* los factores que propiciaron un sincretismo conciliador, ambiente en el que pudo progresar pronto el Cristianismo que, superando los primitivismos de la cultura pagana, vendría a propagar una nueva escala de valores sociales, éticos y religiosos. Su difusión sería un fenómeno que marcaría decisivamente la evolución cultural de Europa. Pero, como dijimos, ya el propio poder político romano, a través del culto imperial, había vislumbrado cómo desde el entorno de la religión podía favorecerse la integración pacífica de sociedades culturalmente heterogéneas.

Hay también quienes piensan en un estancamiento de la cultura pagana, un vacío que el Cristianismo, aportando su renovadora visión de la condición humana y sus revolucionarios componentes ideológicos, supo llenar. La religión romana, de fondo muy primitivo, nunca estuvo en los críticos siglos del Imperio a la altura de una sociedad llena de desigualdades, que demandaba esperanzas y renovadores fermentos, y a cuyas expectativas no daba respuesta la estereotipada “versión oficial”. En su población habían ido impactando fuertemente las corrientes filosóficas helénicas, pero también las experiencias místicas procedentes del este. El Cristianismo supo conciliar

y asumir fermentos procedentes tanto de la filosofía como de los cultos orientales (sacramentos, iniciación, código moral, universalidad de la comunidad).

Fue quizás este dinámico factor, con su innovadora visión de la dignidad y trascendencia del Hombre, el que abrió un mayor abismo entre el mundo clásico y la Europa de siglos posteriores. Y de hecho ha sido la justificación de los valores culturales de la Antigüedad a ojos de la nueva religión un tema fundamental, que se han ido planteando todos los Humanismos de inspiración cristiana. Aunque superando extremas "grecomanías" o radicales posiciones antipaganas, ha sido posible atisbar en la cultura clásica ciertos valores cristianos. En esa histórica depuración de los siglos grecorromanos como etapa de preparación para el advenimiento evangélico, línea reivindicatoria ya defendida por los primeros Padres de la Iglesia, descubrimos ciertos tiempos y figuras (Sócrates, Platón, Virgilio o Séneca) reinterpretados como "pre cristianos". También la misma estructura monárquica y centralista del estado romano, con la que el Cristianismo entró en conflicto durante sus primeros tiempos, acabaría marcando decisivamente el carácter de la propia Iglesia, en cuyos contenidos litúrgicos, rituales y conceptuales pervivieron muchas herencias paganas. Empezando porque los Papas asumieron el más alto título religioso romano, *pontifex maximus*. Más tarde, frente a la Iglesia ortodoxa oriental, se reafirmó la aspiración del Papado a tener influencia sobre toda la geografía de la vieja "Romanidad". La idea de Cristiandad universal es en cierto modo otro legado de Roma.

En relación con lo anterior, y a la hora de identificar aquellos valores del mundo antiguo que acabaron proyectándose a una Europa modelada culturalmente por el Cristianismo, debemos también mencionar dos formas ejemplares de vida humana: el Héroe y el Sabio. Como ha resaltado el profesor Lasso de la Vega, ambos modelos han contribuido decisivamente a configurar nuestros propios ideales y también se han influido mutuamente. Para el mundo oriental el ideal de vida es la abstracción de toda actividad. Pero el héroe mítico griego, se llame Aquiles o Ulises, aparece como paradigma de la conducta humana que encarna las más honorables virtudes, defiende las causas nobles y sabe hacer frente a las adversidades de la vida. El ideal heroico queda definido ya en el Arcaísmo griego. Y será Aquiles quien, algunos siglos después, sirva de modelo para el gran héroe histórico, Alejandro Magno, quien a su vez (*aemulatio Alexandri*) lo será para otras figuras políticas de época romana, como los Escipiones, Julio César o algunos emperadores.

Por su parte los apologistas cristianos vieron en los mártires la plasmación del ideal heroico pagano. Así lo hace Orígenes en su polémica contra Celso. El mártir cristiano se compara con el filósofo pagano que se enfrenta valerosamente al tirano. Con una diferencia: la muerte heroica del Sabio exalta al Hombre, la del mártir glorifica a Dios. Esto segundo era difícilmente comprensible para la mentalidad helénica. El ideal de santidad es un producto específicamente cristiano. Pero esa santidad no se adquiere sin heroísmo, y el rasgo del héroe es la fortaleza frente al sufrimiento.

A su vez el ideal del Sabio surge de la Filosofía antigua, aunque ambos paradigmas se han influido mutuamente. Epicúreos y estoicos coincidieron en una misma meta: liberar al hombre dotándole de libertad interior y paz espiritual. Descubren la esencia de lo que llamamos Humanidad, con su visión del hombre cosmopolita. Lo dirá Terencio: "Hombre soy y nada de lo que es humano me es ajeno". Pero el Sabio es también el hombre que conoce su camino y lo asume aunque le cueste la vida, como les pasó a Sócrates y a Séneca, uno y otro exponentes de las a menudo difíciles relaciones que los intelectuales han tenido con el poder político. Si el héroe primitivo libera a la Humanidad de amenazantes y destructores monstruos, imagen de una Naturaleza irracionalmente entendida y no dominada, el sabio libera al hombre de su propio descontrol interior, producto de la superstición, el orgullo, la mentira y el temor a la muerte.

En el plano de los ideales heroicos un aspecto muy singular de nuestros modernos y más difundidos patrones de conducta nos acerca directamente a los valores del mundo clásico: el deporte. El siglo XIX fue el de la exaltación del trabajo como esfuerzo y sufrimiento, cuya utilidad está en función de un

producto mensurable. Sin embargo el trabajo nunca fue un ideal en la Antigüedad grecorromana, y concretamente el asalariado, cercano al mundo laboral servil, no tuvo buena imagen. Pero ante esa visión pesimista de la vida propia del XIX, se ha alzado en nuestro tiempo un impulso más libre y optimista, el culto al cuerpo, que nos conecta con otro ámbito significativo de la mentalidad helénica. Y frente al ideal del *homo oeconomicus*, que entiende la vida como una lucha de pérdidas y ganancias, se opone el deportista, *homo anti-oeconomicus*, que combate con generosa entrega por ideales "inútiles". La idea de armonía intelectual y física, del cultivo del cuerpo y de la mente, la universalizaron los griegos a través de los Juegos Olímpicos, y también la arquitectura y la escultura la plasmaron plásticamente.

No es exactamente lo mismo, pero hay ciertas afinidades entre el ideal deportivo, una de las señas de identidad de nuestro tiempo, y el ideal heroico heredado del mundo grecorromano. El primero, más que a los hijos del Lacio, nos acerca a la *paideia* griega, puesta al servicio del hombre joven que lucha por superarse a sí mismo, por ser el mejor, por la propia autocomplacencia, por ensanchar las fronteras de las posibilidades humanas, sin perspectiva de ganancia material. En suma, por emular a dioses y héroes. Hoy la juventud es un valor que se cotiza en un mundo obsesivamente proyectado hacia el futuro. El culto al cuerpo y la exaltación del deporte son consecuencias de ello. Y los modernos Juegos Olímpicos, renacimiento de los que conoció la Antigüedad, resaltan periódicamente tales ideales. Y revitalizan al mismo tiempo el viejo sueño estoico de la fraternidad universal, a través de la limpia y libre confrontación deportiva que supera las barreras culturales, políticas e ideológicas de los pueblos. Como acaeció ya en la eterna Hélade. Y en esa misma línea tales ilusiones se plasman en otras iniciativas de gran actualidad, como las ONGs, que favorecen la igualdad, el entendimiento y la colaboración entre los seres humanos, estimulando aquella idea de comunidad universal que vislumbraron muchos intelectuales del mundo clásico.

El Derecho que nos dejó Roma.

A la consolidación de tales valores sirvió, y no en parca medida, otro campo de la creatividad humana donde la aportación de Roma siempre se ha considerado singular y decisiva. Se trata del Derecho, el único que permitió superar en la vieja Europa la profusión de los derechos consuetudinarios locales, donde abundaban los primitivismos y los abusos de los poderosos. El absolutismo imperial romano coexistió con un sistema legal altamente desarrollado, que ha sido modelo para la posteridad. Puede que los romanos no profundizaran en la "democracia" como los griegos. Ciertamente sus estructuras de poder político siempre fueron dominadas por una oligarquía, cualquiera fuera la forma que adoptara. Pero hay que reconocer que en temas sustanciales, y a menudo muy conflictivos en el devenir de las sociedades humanas, tales como "familia", "propiedad", "administración pública", "personalidad jurídica", "procesos", "negocios", etc., aportaron un gran progreso. Y prueba de ello es que hoy día muchos conceptos legales y figuras jurídicas se siguen definiendo en latín.

No es que hoy nos gobierne el Derecho Romano. Pero su inmanencia en los derechos modernos es uno de los más trascendentales legados que nos dejaron los romanos. Lo fundamental de esa herencia arranca de la labor recopilatoria efectuada por el emperador Justiniano (527-565 d.C.), quien promovió una importante codificación de la tradición jurídica anterior (*Corpus Iuris Civilis*). La parte más importante cualitativa y cuantitativamente se conoce por Digesto o Pandectas (533 d.C.), una colección de fragmentos o extractos de juristas pertenecientes a épocas muy anteriores, sobre todo los siglos I, II e inicios del III d.C., cuyas opiniones privadas fueron elevadas al rango de ley por el gran gobernante bizantino. Al Digesto hay que añadir el Código (compilación de medidas legislativas imperiales dirigidas a oficiales o particulares, de aplicación general); y las Instituciones, manual oficial para la enseñanza del Derecho.

La importante labor codificadora de Justiniano permitió que la legislación romana pudiera llegar en su estado original hasta la Edad Media, y que influyera notablemente en ella, una vez recuperados los

contactos con Bizancio tras la expansión islámica. También los códigos legales de pueblos germánicos, así el visigodo, quedaron decisivamente marcados por el impacto del Derecho Romano. En dicho *corpus* jurídico podía encontrarse la solución a cualquier problema. En su conocimiento y propagación resultó fundamental el papel de la Iglesia y de las escuelas de juristas del Medievo, extendiéndose luego su prestigio entre reyes, príncipes y ciudades. Bolonia pasa por ser la cuna de la ciencia jurídica europea. Allí funcionó desde el siglo XII una escuela de Derecho Romano, cuya autoridad irradió posteriormente al norte de Italia y Francia. Hay otro aspecto importante a considerar: el número de personas de leyes que ocuparon cargos eclesiásticos aumentó sensiblemente en Europa occidental en los siglos XIV-XV. El Derecho Romano fue calando en el ámbito de la Iglesia, cuyos tribunales tenían jurisdicción sobre muchos asuntos no estrictamente eclesiásticos (sucesiones, contratos), y funcionaban muy bien organizados, por lo que muchos colectivos civiles (así los comerciantes) acudían a ellos. Monarcas, príncipes y comunidades siguieron el ejemplo de la Iglesia y contrataron a juristas como consejeros, muchos de ellos pertenecían al clero. Y en Francia existió una famosa escuela de jurisprudencia en Orleans. A través de tales instancias pervivió el Derecho Romano

Además de la tradición humanista en el Derecho, de inspiración romana, desde el siglo XVI hubo otras corrientes que transformaron la influencia del Derecho Romano en varios países. Así la escuela del derecho natural, que difundió la idea de un derecho universal e inalterable, común a todas las épocas y pueblos, pero que extrajo muchos materiales de la tradición jurídica romana. El "testigo" de los juristas franceses pasaría a partir del XVII a la importante escuela jurídica holandesa de Leiden. Más tarde se perpetuaría en la denominada "escuela pandectista" alemana. Así funcionó jurídicamente Europa hasta el siglo XVIII, cuando se produjo el desarrollo de los códigos nacionales. Pero también la Revolución Francesa, decisiva en la configuración de nuestro mundo contemporáneo, bebió en similares fuentes.

En última instancia su impulso generador no fue otro que aplicar a la sociedad el derecho público romano, la soberanía popular, la reivindicación de la *Res Publica*. De ahí las continuas alusiones en la intelectualidad europea a aquel Bruto que en Roma acabó con la despótica monarquía de Tarquinio. Y también al otro Bruto que siglos después hundiría su puñal en el cuerpo del dictador Julio César. Una de las más decisivas creaciones surgidas de la Revolución Francesa fue precisamente el código civil, también llamado "código napoleónico", con una fuerte impronta jurídica romana a través de la escuela iusnaturalista. Es importante recordar la enorme influencia que dicha compilación legal ha tenido en los países europeos y, a través de ellos, en el resto del mundo, así los Estados Unidos de América. A su vez el código civil alemán (1900), en la misma línea, ha influido en el japonés. Todos ellos han perpetuado en nuestro mundo actual la huella del Derecho Romano.

Arquitectura y Escultura: entre belleza, funcionalidad y propaganda.

Otra dimensión fundamental del perdurable y estimulante legado dejado por la Antigüedad Clásica a la cultura europea nos la ofrece el Arte, inagotable fuente de inspiración formal y espiritual, sobre todo a partir del Renacimiento. Basta recordar a figuras sublimes que dejaron profunda huella, como Miguel Angel, Donatello, Mantegna, Palladio, Rafael o Leonardo de Vinci. En las obras de arte antiguo admiraron su belleza y buscaron emularlas en forma y espíritu para conseguir un renacer de la Antigüedad.

Me limitaré aquí a destacar dos capítulos esenciales, la escultura y la arquitectura. Como mejor se puede apreciar el arte romano es a través de la escultura. Otras forma de expresión artística (monedas, gemas, mosaicos, pintura) han ejercido también influencia en nosotros. Pero es a través de la escultura donde puede percibirse mejor la continuidad de la herencia romana. Fue la que inspiró a los artistas del Renacimiento, y no sólo a los escultores, también a los pintores. Ya he mencionado algunos de los más significativos. Para ellos algunas obras muy famosas, como el Apolo de Belvedere o el grupo del Laocoonte, se convirtieron en referencia suprema de la belleza artística clásica. Y dejaron su impronta

de modo elocuente en las actitudes y la anatomía de las figuras pintadas por Rafael en las estancias del Vaticano, donde también se refleja la “ambientación” clásica en la detallada descripción de vestimentas o espacios. O en los importantes personajes, llenos de grandeza, que encontramos en "La escuela de Atenas". Similares consideraciones cabe hacer respecto a la actividad del gran Miguel Angel en la Capilla Sixtina, destacando asimismo la influencia del desnudo clásico en su famosa escultura de David. Esa misma senda nos remonta a los modelos clásicos desde las pinturas murales de las estancias vaticanas (como luego vemos en los palacios platerescos o barrocos), que imitaron los grutescos y estucos de la *Domus Aurea* de Nerón, a su vez inspirados en el denominado cuarto estilo pompeyano.

Paralelamente se desarrolló desde el Renacimiento el afán por el coleccionismo de obras antiguas, y la influencia de estas colecciones fue decisiva en los artistas de la época. La moda empezó con los papas en la segunda mitad del siglo XV. Sixto IV donó al pueblo romano una serie de antigüedades que, instaladas en el Palacio de los Conservadores del Capitolio, configuraron el primer museo dedicado a la Roma clásica. Más tarde el refinado Julio II, mecenas de artistas, instaló otro museo en el patio del Belvedere, donde se expuso el llamado Apolo de Belvedere hallado ese mismo año (1503). Esta famosa escultura se convirtió desde entonces en referencia suprema de la belleza artística clásica. Y hasta en tiempos más recientes esa bella obra escultórica del pasado clásico llegó a convertirse en logotipo de algo tan proyectado al futuro como la misión espacial “Apolo XI”. Entre las colecciones privadas brillaron las de los Farnesio, Borghese, Barberini, Ludovisi. Su valor radicó en hacerse accesibles a artistas y eruditos, en su contemplación se nutrió la inspiración de muchos artistas del Renacimiento. Libros, copias y grabados, donde se reproducían vistas de Roma y de sus obras de arte, expandieron el gusto por el legado clásico en otros países además de Italia. Y el viaje a esta última, especialmente a Roma, para beber en las fuentes del inagotable legado de la Antigüedad, se convirtió en aprendizaje ineludible para muchos artistas, como por ejemplo hizo el gran maestro Velázquez.

Además en géneros muy propios como el retrato Roma creó modelos que permanecen hoy vigentes. Partiendo de precedentes helénicos (los romanos copiaron muchos retratos griegos), lo nuevo que aportaron fue la gran difusión del género, y su uso con carácter privado, vinculado a las tradiciones de las familias patricias, como una especie de símbolo de estatus. En este sentido muchas creaciones escultóricas de tiempos modernos participan del constante objetivo conmemorativo y propagandístico del arte romano, tanto a nivel privado como estatal. En suma, de la importancia concedida a la imagen públicamente expuesta, como soporte difusor de ideas, símbolos, consignas políticas, conmemoraciones históricas, personajes eméritos, etc. Por todo ello el profesor Zanker tituló así una conocida monografía suya: *Augusto y el poder de las imágenes*. Pero también aquella Roma imperial, resucitada desde el Renacimiento por papas y aristócratas, que llenaron sus espacios públicos de estatuas, nos proyecta un ideal antiguo que las modernas corrientes culturales quieren recuperar: la ciudad reconvertida en espacio museístico, el arte abierto a la libre contemplación de toda la ciudadanía.

Algunos arquetipos de la escultura romana han adquirido carta de perennidad por su profundo significado “institucional”. La famosa estatua ecuestre del emperador Marco Aurelio, que Miguel Angel ubicó en la plaza del Campidoglio de Roma, generó el arquetipo de conductor de pueblos. Seguía el modelo del gobernante representado a caballo, cuya tradición se remonta a la estatua de Alejandro Magno del Museo de Nápoles. En dicho modelo se han inspirado numerosos retratos ecuestres: el Gattamelata de Donatello, el condottiero Colleoni de Verrocchio. Y en esa impactante y dominante pose han querido ser representados muchos gobernantes de los tiempos modernos, también en la pintura, como Carlos V en la batalla de Mühlberg, obra de Tiziano.

A su vez el microcósmico y detallista mundo de los relieves conservados en los sarcófagos paganos repercutió en las formas y estilo de la escultura medieval. Sus paneles decorativos proporcionaban una amplia gama de motivos y referencias clásicos, expresados hábilmente y fáciles de imitar. Los más influyentes fueron los bajorrelieves del Campo Santo de Pisa, que inspiraron a Nicolo Pisano para su

púlpito del baptisterio de la catedral de Pisa; y a Ghiberti, quien ornó con esplendor las puertas de bronce del baptisterio de esa misma ciudad. Aquí vemos cómo el arte romano sugiere una "forma artística" nueva.

La huella grecorromana se ha perpetuado también en el período neoclásico y en la escultura del siglo XIX, con artistas como Canova y Thorvaldsen. El tratamiento del desnudo será uno de los aspectos iconográficos del arte antiguo más influyentes en la escultura y en la pintura del Renacimiento y del Barroco. Y tanto el sello formal de la Antigüedad, como los temas procedentes de la Historia y Mitología clásicas, marcan la pintura histórica del Neoclasicismo, cuyo principal exponente es David, el pintor de aquella Revolución Francesa que sirvió de modelo a otras revoluciones posteriores. Sus cuadros, por ejemplo "El Juramento de los Horacios", reflejan temas que celebran el patriotismo de la Roma republicana, antítesis de la denostada Roma de los emperadores, como ejemplo a seguir por la moderna Francia revolucionaria. Pero también está presente la otra cara de Roma, la decadente, la que como vimos se ha desplegado hoy día más a través del cine o la novela histórica. Como muestra de ello podemos recordar el gran cuadro del academicista Couture, "Los romanos de la decadencia" (Musée d'Orsay, París).

Pero es sin duda la Arquitectura la proyección más magnífica de la civilización romana. El gran tratadista Vitruvio (siglo I d.C.) siempre ha suscitado el interés de arquitectos y urbanistas. Y las formas particulares romanas de construcción (basílica, termas, arco de triunfo, el Panteón, la Villa Adriana, etc.) siguen reinterpretándose e inspirando nuevas soluciones. Cada época ha redescubierto en la imponente arquitectura romana el lenguaje de los órdenes, la coherencia de sus proyecciones, su equilibrio, la exuberancia de sus volúmenes. En este terreno los romanos, aunque partiendo de la tradición helénica, fueron más innovadores, y sus contribuciones técnicas (bóveda, arco de medio punto) ejercieron decisiva influencia tanto en la arquitectura medieval (el nombre de Románico lo dice todo), como en la renacentista y neoclásica. Que a través de la Arquitectura se proyectó toda una grandeza cultural y una idea del poder imperial, que sigue causando admiración entre las modernas generaciones, lo vemos incluso en el cine, donde lo que significó Roma se proyecta en los gigantes y espectaculares decorados, favorecidos por el uso del cinemascopio, quedando a veces el argumento como mero soporte de exhibiciones, como los desfiles triunfales o los espectáculos de anfiteatro y circo. "Sets" como el foro romano de "La caída del imperio romano" o el desfile triunfal en "Cleopatra" están en el recuerdo de todos.

Pero la Arquitectura hay que entenderla también en el marco de otra disciplina que los romanos, siguiendo la estela del Helenismo, tuvieron muy en cuenta, el Urbanismo, la planificación racional de ciudades para hacerlas más confortables. Un campo donde nos siguen dando lecciones, que para los gobiernos modernos se convierten en ineludibles objetivos políticos: diseño de espacios de uso público, infraestructuras, atención a la higiene, creación de ámbitos específicos para el ocio popular, etc. Y por supuesto el cuidado a la estética urbana. Basta mencionar al respecto la atención prestada por las leyes municipales de Hispania al tema de la demolición incontrolada de edificios y aprovechamiento de materiales y solares, con normas muy precisas y supervisión de los poderes públicos. Todo ello con el fin de evitar que los intereses especulativos sobre el suelo acabaran afeando el equilibrio y la belleza de los entornos urbanos.

Un prototipo arquitectónico tan "romano" como la basílica marca la continuidad entre dos mundos aparentemente antagónicos, el pagano y el cristiano. Cuando el Cristianismo se dotó libremente de edificios de culto a partir de Constantino, no tomó como modelo el templo pagano, sino ese tipo de edificio público de planta rectangular con pórtico flanqueado por columnatas, ábside y techo de madera, con diversos fines, especialmente la administración de justicia. El citado emperador construyó una imponente basílica en el foro de Roma, y también tenemos la de Tréveris (*Aula Palatina*). En este singular y funcional edificio el asiento del magistrado se transforma en trono del obispo, y el ara para

libaciones en el altar cristiano. El atrio o patio de columnas se inspirará en los ubicados delante de los templos paganos o los existentes en los ámbitos domésticos. Ejemplos sobresalientes de ello son las basílicas de S. Juan de Letrán, S. Pablo Extramuros y Sta. María la Mayor en Roma, o la de S. Apolinar in Classe en Rávena. La planta basilical se revitaliza en la arquitectura románica (siglos XI-XII), como luego lo hará en la Florencia renacentista (S. Lorenzo de Brunelleschi).

Otro modelo edilicio romano que influyó notablemente en la arquitectura occidental fueron las termas, seña de identidad de todo un estilo de vida. Los grandes establecimientos termales romanos tuvieron gran repercusión en la proyección y configuración del espacio por su gran monumentalidad, su sereno esplendor, la estructuración de sus estancias en torno a grandes ejes, el diseño de perspectivas espectaculares sobre ámbitos intercomunicados. Así lo vemos en Roma en el interior de la basílica de San Pedro o la de Sta. María de los Ángeles, ésta última aprovechando estancias que originalmente formaron parte de las Termas de Diocleciano, o en la iglesia de Sant'Andrea de Mantua. A lo largo de la Historia ningún tipo de edificio público civil ha superado a las magnificentes y funcionales termas romanas. Palladio las estudió a fondo. Y lo mismo han seguido haciendo los modernos arquitectos. Podemos apreciar la estela de este modelo arquitectónico lo mismo en el interior de la iglesia de la Madelaine de París, en la Pennsylvania Station de New York, inspirada en las Termas de Caracalla, o en el Museo de Arte Romano de Mérida, obra de Rafael Moneo.

También la supremacía y resplandor del poder político, sus ideales, sus victorias militares y sus fines propagandísticos, todo ello y mucho más se han expresado a menudo bajo modelos arquitectónicos romanos. Uno bastante singular es el arco de triunfo, puerta monumental ilustrada históricamente con relieves, generalmente de tema propagandístico, por debajo de la cual pasaban los desfiles triunfales. En Roma tenemos como ejemplos destacados y bien conservados los arcos de Tito, Septimio Severo y Constantino, también los vemos en otros lugares como Orange o Rimini. Este prototipo influyó luego en el arte románico, que empleó fundamentalmente el arco de medio punto (portada románica de Saint-Gilles-du-Gard). En España el escultor Diego de Siloé, formado artísticamente en Florencia, recogió esta tradición en la Puerta del Perdón de la catedral de Granada (1536), con su exquisita ornamentación. Y en Francia la soberbia tumba de Francisco I en Saint-Denis (1547) es una variante en miniatura del arco de Septimio Severo en Roma.

Ya en pleno Renacimiento el Templo Malatestiano de Rimini, diseñado por Alberti, es el primer edificio cristiano que incorpora una fachada totalmente en forma de arco de triunfo. Este mismo arquitecto, inspirándose en Vitrubio, combinó el arco de triunfo con el frontón en la portada del templo de Sant'Andrea de Mantua. A su vez en la Fontana de Trevi (1732-1762) Salvi ocultó la fachada de un palacio ya existente detrás de una exuberante réplica de un arco de triunfo. Y podemos seguir enumerando imitaciones del modelo en todas las épocas: la Puerta de Brandeburgo en Postdam, el arco de Carrousel y el de L'Étoile del París napoleónico, el Marble Arch en Londres, el Arco de la Victoria en Munich, la fachada de la New York Public Library, etc. Y por supuesto su versión más futurista, emplazada en la zona de La Défense de la capital francesa.

Otro prototipo romano destacable es la columna conmemorativa. Decorada con relieves en espiral, imita las que fueron erigidas en la antigua Roma por los emperadores Trajano, Antonino Pío y Marco Aurelio. Es una forma "cinematográfica" de representar plásticamente un evento. Los relieves, cuyas figuras van creciendo de tamaño a medida que progresamos de abajo a arriba, son más pictóricos que escultóricos. En el caso de la mejor conservada, la erigida por Trajano en su foro, despliega gráficamente, en una descripción episódica y muy realista, el desarrollo de las campañas de Dacia. También este modelo nos ha dejado testimonios modernos muy elocuentes, como las columnas ubicadas en París en las plazas Vendôme y de la Bastilla, o en Viena la "Pestesäule" o las situadas ante la iglesia de San Carlos Borromeo. Inspiración similar encontramos en los monumentos a Colón de Madrid y Barcelona.

Un edificio que, no siendo imitado mucho por los propios romanos, ha tenido influencia decisiva en la arquitectura posterior de planta central ha sido el Panteón de Agripa en Roma, reconstruido en época de Adriano. Es seguramente la construcción mejor conservada de la Antigüedad. Palladio dijo de su sorprendente e innovador diseño que representaba "una imagen del mundo", por su armonía, por su forma circular, alegoría de nuestro planeta y del cosmos, por la singular combinación de su frontis con dicha estructura, ofreciendo un conjunto arquitectónico admirable, y por sus especiales connotaciones ideológicas como templo dedicado a todos los dioses. Fue en el imperio bizantino o romano oriental donde este brillante arquetipo edilicio alcanzó por primera vez su expresión más completa, la iglesia circular. La obra maestra es la basílica de Santa Sofía, erigida por el emperador Justiniano, que ejerció decisiva influencia sobre las iglesias bizantinas hasta el año 1453.

El interés por los templos de planta central en el primer Renacimiento debe entenderse en el contexto de una concepción neoplatónica del universo como unidad armónica y matemática. Los arquitectos concibieron que para ajustarse a las leyes de la armonía debían adoptar la figura geométrica más perfecta: el círculo. En Florencia la rotonda occidental de la iglesia de Santa Annunziata (Di Bartolommeo) es una copia exacta del templo romano de la Minerva Médica. A su vez Bramante consideraría al Panteón metáfora del Universo y el edificio más perfecto de la Antigüedad. Y también el único lugar apropiado, desde un punto de vista simbólico, para albergar los restos del primer papa y apóstol. Por ello colocó una gran cúpula similar en el centro de los cuatro brazos de la nueva basílica de San Pedro, de planta central. Más tarde Tessin, arquitecto en la esplendorosa Francia de Luis XIV, proyectó en 1712 un gran templo o pabellón de Apolo que debía erigirse en el parque de Versalles. Su estructura circular con cuatro pórticos se inspiró en la Villa Rotonda de Palladio y en el Panteón de Roma. La cúpula del Panteón, trasunto de la bóveda celeste, simbolizaba perfectamente el poder del Rey Sol.

Ya en pleno Neoclasicismo el Panthéon de París proyectado por Soufflot continuaría la influencia del prototipo romano, que posteriormente ha seguido siendo reinterpretado para diversas funciones. Así con el nacimiento de los museos públicos a principios del XIX surgieron nuevas oportunidades. Fue el modelo según el cual proyectó Schinkel la sala de las esculturas situada en el Altes Museum de Berlín (1823-33). Y seguramente la influencia de los ideales imperiales napoleónicos contribuyó a que a principios de dicha centuria se edificaran en Italia iglesias según el modelo del Panthéon parisino, como San Francisco de Paula en Nápoles o San Carlo al Corso en Milán.

Y desde el Viejo Continente el patrón se exportó a América, proyectándose por tal vía la tradición humanista desde la Europa "clásica" al Nuevo Mundo. En los Estados Unidos Jefferson se sirvió del arte romano para algunos edificios emblemáticos de la nueva nación. Y si el State Capitol de Richmond (Virginia) reproduce el templo romano conocido como Maison Carrée de Nimes (1785), de nuevo el Panteón romano inspiró la Biblioteca de la Universidad de Virginia en Charlottesville. No puede extrañar, por tanto, que se escogiera el Panteón como modelo del Jefferson Memorial de Washington, obra de Russell Pope (1934-1943). Ya en el siglo XX el monumento promovido por Agrippa ha seguido inspirando en Norteamérica edificios como las monumentales bibliotecas de las universidades de Columbia y New York. Iglesias, bibliotecas, museos, pero también los modernos "templos" de la música clásica, como el Albert Hall de Londres o el Teatro de la Maestranza sevillano, han perpetuado las intemporales esencias de una de las más sublimes creaciones arquitectónicas de la Historia.

Este breve recorrido por las herencias romanas en la Arquitectura occidental no puede finalizar sin hacer referencia a otro ideal más, inagotablemente reinterpretado en diversos tiempos y lugares, la *villa*. Antes de que se emprendieran excavaciones arqueológicas en Pompeya y Herculano, lo único que se sabía de este ejemplo arquitectónico procedía de la *Villa Adriana* de Tívoli y de descripciones literarias, como las cartas de Plinio el Joven. La descripción de su villa de Como excitó la imaginación de arquitectos como Alberti y Bramante, al aportar a los tratadistas del Renacimiento una sugerente

imagen del placer que la arquitectura puede proporcionar en sus relaciones con el sonido, la vista, el olfato, la temperatura, los colores, el agua o la vegetación. La Villa Madama refleja el afán de Rafael por descubrir el secreto de las villas antiguas. Fue concebida para contener estancias agrupadas y orientadas hacia distintos puntos en cada estación del año, idea preludiada ya por Vitruvio y Plinio el Joven. A su vez la Villa d'Este y sus jardines de Tívoli, concebidos por Ligorio, puede considerarse una variación sobre el tema de la Villa Adriana, de la que fue excavador. En los jardines del Vaticano proyectó el Casino de Pío IV (1558-1563), dedicado a un antiguo concepto romano, el de *otium* o reposo contemplativo, en un entorno bucólico que recuerda el ninfeo de la citada residencia, lugar de retiro del emperador Adriano.

También los nobles terratenientes británicos del XVIII veían en Plinio un modelo a imitar, el del aristócrata erudito que, retirado de la vida pública, se consagra a sus bienes, su biblioteca y su jardín. Esta corriente clasicista fue promovida en el Reino Unido por el escocés Robert Adam, arquitecto de Jorge III, y en Alemania tuvo como exponente destacable al arquitecto Schinkel, quien proyectó en estilo neoclásico el Schloss Charlottenhof en Sanssouci para Federico-Guillermo de Prusia. Más allá del Atlántico influyó en el ya citado presidente americano Jefferson para su propia villa en Monticello (Virginia). Y ya en pleno siglo XX tenemos la más completa reproducción de una villa antigua, la Villa dei Papiri de Herculano, en el J.Paul Getty Museum de Malibú (California), en cuya construcción los arquitectos contaron con asesoramiento arqueológico.

Y así podríamos seguir reseñando paradigmas arquitectónicos grecorromanos reavivados en tiempos contemporáneos, como los templos paganos en la iglesia de La Madeleine de París, concebida como Templo Militar de la Gloria de Napoleón, inspirado en el Templo de Zeus Olímpico de Atenas; o el edificio de la Bolsa de París. Y podríamos también ver reflejados los magnos edificios para espectáculos erigidos por los romanos (anfiteatros, circos) en nuestros actuales coliseos deportivos, circuitos automovilísticos o plazas de toros. Asimismo el diseño espacial del teatro en forma de hemiciclo tiene muchas versiones modernas, aunque pocas tan espectaculares como el Teatro Olímpico de Vicenza, proyectado por Palladio. Y hasta nuestras grandes superficies comerciales de hoy tienen en cierta forma su antecedente "antiguo" en aquellos mercados diseñados por el arquitecto Apolodoro de Damasco, que se ubicaron en el mismísimo "centro" de Roma, junto al foro del emperador Trajano. Es cierto que en nuestro tiempo la tradición clásica no es el criterio a seguir. Pero muchas formas de la arquitectura antigua han revivido en la ecléctica arquitectura moderna. Incluso en nuestro postmodernismo el mismo clasicismo, no siendo la norma, resulta provocativo, controvertido y experimental. Y las referencias de corte clásico sirven para dar toques coloristas o extravagantes a algunos edificios actuales.

La *res publica* y la ciencia política.

De la mano de la Arquitectura llegamos a la Política en esta revisión del legado clásico. Porque ambas han estado siempre muy relacionadas. Las estructuras políticas y jurídicas de Europa occidental se han redefinido periódicamente con relación a la Antigüedad grecorromana. Condición ineludible para integrarse en la Comunidad Europea es asumir un régimen democrático. Los griegos, en su búsqueda constante de la "forma ideal" en todos los órdenes de la creatividad humana, se aplicaron también en encontrar la mejor "forma política" posible. Tras ensayar diversas fórmulas, así la oligarquía, la tiranía o la demagogia, creyeron descubrir la solución en la democracia, que también conoció una precaria existencia. No fue una democracia como hoy la entendemos, pues en la Atenas clásica su ejercicio estaba reservado celosamente al selecto cupo de quienes disfrutaban la condición de "ciudadanos", marginando a varios grupos sociales (mujeres, esclavos, extranjeros), aunque constituyeran mayoría numérica.

Tal es la crítica que se hace a aquel sistema, aunque supuso un decisivo avance. Pero quizás los griegos hubieran respondido a dicha acusación, alegando que nuestras modernas democracias representativas son realmente oligarquías electivas. Nunca hubieran entendido que en un régimen democrático la acción política efectiva corresponda al conjunto de la ciudadanía, sino a lo que hoy denominamos la "clase política", a menudo distanciada de la comunidad gobernada. Para ellos el hombre sólo podía funcionar como "animal político" en un sistema a la medida de lo humano, donde todos pudieran participar directamente. Esa "medida" era la ciudad-estado, la *polis*. Es evidente que en nuestros modernos estados tales planteamientos resultan inviables. Pero quizás estemos entendiendo actualmente algo de lo que sentían los antiguos griegos (y luego asumiría la autonomía municipal romana hasta cierto punto), cuando nuestros gobiernos impulsan fórmulas de descentralización política, así a nivel territorial (se habla mucho también de la "Europa de las regiones"), para dar a la ciudadanía una más amplia participación y capacidad de decisión sobre las cuestiones que les afectan más de cerca.

En todo caso no deja de ser un descubrimiento importante en la antigua Hélade el concepto de "comunidad política" soberana, capaz de tomar sus propias decisiones, sin depender de despóticos poderes unipersonales amparados en legitimaciones divinas, por muy sabios que fuesen, como ocurría en los estados orientales que, sustancialmente por dicha diferencia, los griegos consideraban "bárbaros". Pese a su azarosa existencia política, tendemos a juzgar en este terreno a los antiguos griegos como más limpios que los romanos, viendo a éstos como más corruptos, quizás porque los percibimos más cercanos a nosotros y los sometemos al mismo rasero. Pero mucho de lo que sabemos del abuso de poder nos lo contaron los propios romanos, así Cicerón o Plinio el Joven. Ello indica que al menos tenían un ideal de buen gobierno, y que ejercían ciertas formas de autocrítica, algo esencial en nuestros modernos sistemas democráticos. Capacidad autocrítica que, retornando a la Antigüedad, difícilmente podríamos imaginar en un asirio, un egipcio o un persa. Y ahí radica una de las diferencias entre lo que significó y sigue significando Grecia para nosotros. Los griegos nos proporcionaron el lenguaje de la teoría política, que sigue vigente hoy porque su concepto de "comunidad política" fue una creación de la que en cierta forma seguimos viviendo. Por el contrario estados como el Egipto faraónico o Babilonia fueron simples "formas políticas" que no dejaron ninguna herencia posterior, y sólo perviven en los libros de Historia.

Otro factor que debemos evocar ahora, y que resulta inherente a la forma de actuar en política tal como la entendieron los antiguos romanos, es el valor de la palabra. Los griegos, la civilización de la palabra, la concibieron como un arte y la incluyeron en su sistema educativo, siendo otro de los legados que transmitieron. No podemos olvidar que el arte de la Retórica surgió entonces para entrenarse en las palestras políticas, judiciales o de otra índole. También en este capítulo la deuda de nuestra cultura con la Antigüedad Clásica es muy importante. Dicha disciplina se centra en el estudio y control del poder de las palabras y el arte de la persuasión. Y tiene especial valor en las sociedades democráticas y en las relaciones internacionales, lo estamos viendo cotidianamente. Pero también uno de los aspectos de la Retórica latina más interesantes ha sido su influencia sobre el arte y la música a partir del Renacimiento. Tanto Cicerón como Quintiliano trazan continuamente paralelismos entre oratoria, pintura y escultura. Los tratadistas que escribieron sobre pintura en el Renacimiento solían utilizar terminología retórica para definir lo que un pintor quería expresar. También en la música barroca encontramos la comparación del lenguaje musical con el retórico. El músico es como un orador que trata de conmover al público en voz alta o baja, despacio (andante) o deprisa (allegro molto vivace).

Volviendo a la Política, ya Aristóteles afirmó que hablar es democracia. Pero para la cultura europea han sido más influyentes los autores latinos del género como el hispano Quintiliano (sus *Institutiones Oratoriae*), y muy especialmente Cicerón, quien escribió un tratado, el *De inventione*, describiendo a la Retórica como un aspecto de la Política cuyo objetivo es persuadir con las armas de la elocuencia.

También debemos recordar que buena parte de la herencia clásica en este campo nos ha llegado a través de la Iglesia primitiva, algunos de sus defensores frente al paganismo (Tertuliano, Lactancio, San Agustín) fueron notables oradores. Las técnicas mnemotécnicas (parte importante del aprendizaje es recordar ideas o palabras) sirvieron en la Edad Media como parte de la educación moral. En el Renacimiento la Retórica se mantuvo en la línea de la tradición latina, siendo Cicerón la autoridad al respecto (escribió también un tratado *De Oratore*), imprimiéndose muchos comentarios y glosas sobre sus discursos. Petrarca y los humanistas italianos (que ocupaban cátedras de retórica) tuvieron igualmente mucho que ver con ello, pues pensaban que el don de la elocuencia se adquiría bebiendo en las fuentes clásicas.

La idea ciceroniana del hombre de estado como orador ha sido muy influyente en los tratadistas políticos desde el Renacimiento hasta la Inglaterra del siglo XVIII y los Estados Unidos en la primera mitad del XIX. En Harvard entró en el plan de estudios en 1636, en Yale desde 1701, en Princeton desde 1746. Pero todavía hoy, en nuestra civilización tecnológica, los discursos de los gobernantes, los mítines electorales, los debates entre candidatos o diputados, las alocuciones ante asambleas y consejos, las pláticas ante tribunales, las homilías religiosas, las conferencias o la actividad docente, por poner sólo algunos ejemplos, siguen mostrando cómo muchos de los factores que impulsaron la antigua Retórica siguen teniendo hoy vigencia por su funcionalidad. Mientras la palabra hablada juegue un papel decisivo en la configuración de nuestra conciencia social, política, religiosa o cultural, los clásicos tendrán algo que decirnos.

Nadie duda, sobre todo después de haber leído la "Política" de Aristóteles, que los griegos nos proporcionaron el lenguaje de la teoría política, que sigue hoy vigente. Pero en este terreno ha sido realmente Roma la que ha tenido más trascendencia en la "praxis" política moderna. Para algunos tratadistas nuestros modernos sistemas bicamerales proceden del viejo régimen de la República romana, que repartía los poderes entre un componente oligárquico, el Senado, y un componente popular, los tribunos de la plebe y los comicios. Sobre la teoría de los regímenes políticos ha tenido enorme influencia el análisis, por lo demás desvirtuado, que en el siglo II a.C. hizo el historiador Polibio de lo que consideraba la "constitución" romana. Las nociones de separación y equilibrio de los tres poderes, generalmente atribuidas al pensador francés Montesquieu, remontan en última instancia a la citada visión polibiana, de la que también se hace eco Cicerón.

Es cierto que la Roma republicana siempre fue un baluarte aristocrático con oportunos travestismos en su fisonomía política. Pero funcionaban componentes democráticos en el sistema porque, a fin de cuentas, los magistrados debían ser elegidos en unos comicios, donde lo que hoy denominamos "clase política" debía solicitar los votos al pueblo. Y en tal coyuntura se ponía en juego lo que es la esencia de la política, tal como nos la aportaron originalmente los griegos: el arte de convencer, de revalorizar con argumentos las ideas propias ante las del adversario. En lo positivo y en lo negativo seguimos sustancialmente sintonizando con aquellas formas de hacer política.

Tales planteamientos han influido mucho en pensadores políticos modernos que han dejado importante huella en generaciones posteriores, así Maquiavelo, Vico o el ya mencionado Montesquieu. Los intelectuales romanos, oradores, poetas e historiadores, están muy presentes en los políticos europeos del siglo XVIII. La República romana fue modelo de ordenamiento político. El historiador Tácito fue entonces muy popular entre los republicanos ingleses y punto de referencia de los defensores de la nueva monarquía liberal y constitucional. También muchos líderes de la Francia revolucionaria estaban fascinados por la Roma republicana, por el ejemplo de los héroes ensalzados por el historiador Tito Livio, así Coriolano o Escipión, o por los discursos de Cicerón. Napoleón, a quien le gustaba evocar sus glorias bajo modelos estéticos "romanos" (basta ver sus monumentos en París), llevó el título muy romano de Primer Cónsul, antes de que considerara más positivo para sus intereses coronarse como nuevo Carlomagno, que era a fin de cuentas reivindicar la vieja idea de la unidad de

Europa. Pero también habría que recordar que ya siglos atrás, en el Medievo de las monarquías europeas, la tradición política romana se mantuvo en las Repúblicas italianas. Y que en la Roma del siglo XIV Cola di Rienzo gobernó como si fuera un "tribuno" de una república antigua. En el presente el sistema "constitucional" de la antigua República romana pervive, por ejemplo, en el pequeño estado de San Marino, que pasa por ser la república más antigua que existe, y que hereda el modelo de las que existieron en Italia durante la Edad Media, teniendo al frente dos Capitanes Regentes frecuentemente reelegidos, como si de los antiguos cónsules se tratase, y un Consejo que recuerda también el Senado romano.

Cesarismo y colonialismo: la imagen negativa.

Si la Inglaterra liberal y la Francia revolucionaria del XVIII convirtieron a la Roma republicana en paradigma, también la patria de Virgilio proporcionaba la antítesis detestable, la perversión del sistema. Se veía en el Imperio, absolutista y decadente como el "Antiguo Régimen" abatido por la Revolución. Sistema de gobierno que legó a la historia de Europa otro modelo político, lo que ha venido a llamarse cesarismo. Toma su nombre del gran Julio César, líder liberal y popular en la palestra política de su tiempo, pero que simbolizaba la opresión y el autoritarismo para los republicanos modernos. No olvidemos que dio el golpe de gracia a la decadente y corrompida República revistiendo los poderes de *dictator*, dando paso a lo que a partir de Augusto fue de hecho una monarquía absolutista, y en ciertos períodos despótica. Bien es verdad que recientemente la Historiografía ha ido reivindicando, más allá de deformaciones históricas debidas a aceradas plumas como Suetonio o los *Scriptores Historiae Augustae*, una imagen más depurada de lo que políticamente significó el Imperio Romano, frente a la visión distorsionada que primero Tácito, y luego sus admiradores "republicanos" del siglo XVIII, habían levantado. Incluso algunos "malos emperadores" (Claudio, Domiciano) han sido reivindicados.

La "Historia de Roma" de Tito Livio y las "Vidas Paralelas" de Plutarco han suministrado a la consideración de los tratadistas modernos muchos prototipos políticos de la Antigüedad. Pero ha sido la dominante figura de César la que ha suscitado más reflexiones y ha estimulado más creaciones literarias. El teatro de Shakespeare llevó con ella a la escena cuestiones políticas que han tenido y siguen teniendo enorme actualidad: el funcionamiento del poder, la manipulación de las masas, la ambición desmedida, etc. Y del teatro al cine, así el conocido film de Mankiewicz sobre César, o aquellas películas "de romanos" donde la dialéctica autocracia-libertad se expresaba a través de los conflictos entre el tiránico poder de Roma y los elementos "contestatarios" del sistema, fuesen los esclavos de Espartaco o los cristianos.

En la ya larga historia de Europa la palabra "césar" llegó a convertirse en epíteto imperial. Todavía en el aún reciente siglo XX ha habido tres césares en el mundo: el shah de Persia, el kaiser de Alemania y el zar de Rusia. A lo largo de dos milenios a menudo ha habido "césares". Y para algunos de ellos, fuesen Carlomagno, Carlos V o Napoleón, la unificación "imperial" de Europa llegó a ser entendida como una herencia romana que debía reivindicarse y un imperativo político. Pero recordemos también que el fascismo italiano coincidió con el Bimilenario de Augusto (1938), heredero de César y fundador del régimen imperial romano, que estuvo sostenido por una amplia base popular y la naturaleza carismática del líder. Es decir por componentes irracionales y afirmaciones personalistas, no por formulaciones constitucionales. En aquellos años el profesor R. Syme publicó uno de los más importantes libros sobre la antigua Roma aparecidos en el pasado siglo, "La Revolución Romana". Y ello en plena época de las "revoluciones populistas" (Rusia, Alemania, Italia) y los liderazgos carismáticos, tratando de demostrar cómo Augusto había buscado el apoyo de una amplia base social para sustentar su nuevo régimen. Esa "revolución romana" había llevado a su "partido" hasta el poder, y lo había acabado convirtiendo en el fundador de una nueva Roma, que surgía de las cenizas del viejo y corrupto régimen de la República, corroída por las luchas entre facciones y clientela. Una estructura muy propia

de los "antiguos regímenes", incapaces de crear un nuevo marco institucional que acogiera las aspiraciones políticas de los nuevos grupos sociales urbanos emergentes, pero marginados políticamente.

Vistas las cosas desde tal perspectiva, se establecían indudables analogías entre el crac de la República romana y la situación de grave crisis social sufrida por algunos países de Europa en tiempos inmediatamente anteriores a la Segunda Guerra Mundial. Tal coyuntura favoreció el auge de las ideologías de corte fascista y socialista y su ulterior toma del poder. Pero la preocupación por los sectores plebeyos está ya presente en los primeros políticos "populistas" de la antigua Roma, que fueron los Gracos. Y dos anécdotas de la Roma imperial nos muestran cómo con anterioridad a los líderes populistas y socialistas europeos del siglo XX, el problema del paro de artesanos y jornaleros urbanos llegó a preocupar a algunos emperadores. En la primera Tiberio ejecuta al ingenuo inventor del "vidrio flexible" por motivos de política social, ya que con ello ponía en difícil situación al gremio de vidrieros y metalúrgicos (Plin., *NH*, 36, 195; Petron., *Satyr.*, 51). En la segunda un innovador arquitecto proyecta una "máquina elevadora" capaz de ahorrar gran cantidad de mano de obra en el amplio plan de trabajos públicos promovido en Roma por la dinastía flavia. Pero su invento fue rechazado por el emperador Vespasiano, porque ponía en peligro el pleno empleo de los menos favorecidos (Suet., *Vesp.*, 18).

Asociadas a las coyunturas políticas y sociales vividas por Europa en los siglos XIX y XX están las ambiciones colonialistas. Precisamente la expansión imperialista de Roma, su desarrollo pero también su caída, han interesado siempre a quienes han reflexionado sobre la Historia Universal y los hilos que la han movido. Es una de las cuestiones capitales y más debatidas de la Historia de Roma, con evidentes resonancias en nuestro mundo actual. Y cuando los historiadores se interesan tanto en los últimos decenios por los grupos financieros que se movieron entonces, subyace en el fondo la evidencia de que Roma también globalizó económicamente lo que tenía ya políticamente dominado.

Las pasadas aventuras coloniales de Europa se han visionado frecuentemente como una repetición de la experiencia imperialista romana. Y tal precedente, con las derivaciones culturales consiguientes, sirvió en su momento como justificación política para algunas naciones europeas que se expansionaron en sus dominios africanos. En la historiografía francesa se ha parangonado la colonización romana en el Magreb con la francesa, justificando la segunda por la primera. Y el film "Scipio l'Africano" (1937), por poner otro ejemplo, se instrumentalizó para aportar fundamentos ideológicos a la ocupación italiana de Libia, como si se tratara de la renaciente Roma sometiendo de nuevo, como ya lo hiciera muchos siglos antes, a su enconada rival Cartago. Las ambiciones imperialistas romanas se han contrastado con otras muchas empresas coloniales emprendidas por grandes imperios posteriores, como el español o el inglés. Pero el engrandecimiento imperial de Roma no se hizo incorporando simplemente espacios geográficos, sino absorbiendo sociedades de muy diversa naturaleza, que se fueron gradualmente asimilando, utilizando entre otras vías la difusión de la ciudadanía romana. Desde modernas ópticas nacionalistas se ha criticado al imperio romano precisamente por uno de sus aspectos más sugestivos, su capacidad de incorporar ecuménicamente pueblos muy diversos.

La palabra "colonia" es romana. Pero con la ventaja que nos da conocer los procesos históricos al completo, y siendo estrictamente fieles a la Historia, habría que admitir dos cosas: que han sido realmente las "colonizaciones" modernas las que han impregnado a los términos "colonia" y "colonizar" de las connotaciones peyorativas que hoy tienen; y que no tanto por la forma en que se desarrolló, sino por los resultados de integración cultural que alcanzó, la denostada colonización romana nunca habría exigido al cabo del tiempo una etapa de descolonización. Ello no quiere decir que todo fueran luces en dicho proceso, pues también conoció numerosas sombras. Y estas últimas están en los libros de Historia porque los propios historiadores romanos, que vivieron aquel proceso de desarrollo del estado, no las olvidaron, sino que dejaron memoria de algunos de sus episodios más ominosos.

En nuestra exposición, desde luego, solamente hemos pretendido valorar lo que en definitiva, considerando cerrado el ciclo de su propia existencia, trascendió más allá del tiempo que a Roma le tocó vivir en la Historia, analizando sus positivos resultados como savia enriquecedora para la Europa que se fue forjando en los siglos posteriores. Especular sobre lo que hubiera sido la trayectoria de Europa, si los pueblos prerromanos no hubieran quedado sometidos a las "negativas" influencias romanas, hubiera sido balancearse sobre las escurridizas arenas de la historia-ficción. Pero el viejo debate no se resigna al olvido, y recientemente ha vuelto a adquirir carta de actualidad, a raíz del hundimiento de la antigua Unión Soviética, y el hegemónico papel que han tomado los Estados Unidos en el mundo. Al hilo de los trascendentales acontecimientos acaecidos el 11 de septiembre de 2001, las "funciones históricas" de Roma y Norteamérica han vuelto a ser objeto de discusiones, estableciéndose paralelismos entre sus respectivas singladuras históricas.

Construyendo Europa desde sus raíces romanas.

Abordemos ya la parte final de nuestra exposición. La Europa que estamos construyendo para el futuro se beneficia de importantes herencias del pasado, que debemos apreciar en su justo valor, porque gracias a ellas nuestra identidad de europeos se ha ido configurando hasta ser la que hoy es. La "aportación romana" ocupa un lugar fundamental en la construcción de nuestra Europa unida. Fue entonces cuando se entendió por primera vez la importancia de las comunicaciones en la integración política y la dinamización económica de vastas áreas geográficas. Roma propulsó la primera gran red de comunicaciones europea, siglos después obsesión napoleónica, que facilitó los intercambios comerciales y culturales, convirtiéndose su imperio en el primer gran espacio económico homogéneo de la Historia en torno al eje mediterráneo, cuya importancia hoy es innegable. Tal desarrollo fue propiciado por una unificación monetaria, precedente del similar proceso acometido dentro de la Unión Europea. Y lo que fue un imperio extenso y variopinto, pero unificado política y económicamente, se convirtió igualmente en el primer firmamento de intercambios culturales (ciencia, religión, filosofía, lengua, artes, etc.) que ha conocido Europa.

También los romanos, en su origen un pueblo de rústicos agricultores, impulsaron la primera "Europa de las ciudades", expandieron la urbanización por todas partes, fundando colonias que funcionaron como centros políticos, económicos y culturales, o convirtiendo jurídicamente las antiguas comunidades indígenas en municipios (*municipium*, otro concepto romano). La toponimia de nuestro continente está plagada de evocaciones romanas, y algunas de las que hoy son grandes capitales en la moderna Europa (obviamente Roma, pero también Londres o París) nacieron en tiempos romanos.

Fue aquella incipiente Europa la primera que se gobernó con criterios coherentes, organizándose desde Augusto una estructura burocrática destinada a administrar, con alto nivel de especialización, todo aquel extenso universo provincial. Pero igualmente fue la primera Europa donde los mecanismos centrípetos del poder se compensaron con un alto nivel de descentralización, y el desarrollo de una alta conciencia de autonomía local, con leyes municipales (la Bética ha suministrado los mejores ejemplos), que regularon la convivencia humana en ese ámbito básico de las relaciones sociales que es la ciudad.

Fue también aquélla la primera Europa de los ciudadanos. La ciudadanía romana, la más privilegiada situación personal, se fue extendiendo progresivamente. "Romano" era un término jurídico, y cualquiera de los súbditos del imperio podía alcanzar tal estatus, cuya difusión nunca estuvo limitada por raza, creencias religiosas o nivel económico. Fue un mecanismo de integración jurídica acorde con la fusión dentro de la Romanidad de muy diversos componentes étnicos y legados culturales, todos los cuales llegaron a convivir en armonía. Baste evocar ahora que ninguno de los grandes poetas romanos fue oriundo de Roma, pero Roma los acogió a todos liberalmente. Los ingleses no hicieron lo mismo en su imperio, pero los britanos sí fueron recibidos como ciudadanos de Roma siglos antes. Hoy día, superando visiones históricas desfasadas, que consideraban el devenir histórico de Roma como una

especie de rodillo aniquilador de mundos ajenos, los historiadores, con una mayor información arqueológica a su disposición, y nuevas ópticas en el análisis de la documentación literaria y epigráfica, valoran las presencias autóctonas y los mecanismos de simbiosis, que reinterpretaban muchas de las especificidades culturales nativas a la luz de la Latinidad.

Es evidente que la idea de una ciudadanía universal, que debe mucho al concepto estoico y cristiano de fraternidad entre los hombres, ha influido notablemente en la identidad histórica de Europa, aunque en nuestra moderna experiencia comunitaria no se haya conseguido todavía una sola "ciudadanía" compartida por todos los europeos. Y mucho después de que desapareciera el imperio romano de Occidente, ha seguido vigente la idea de una patria y cultura europeas comunes. La naturaleza integradora del Imperio Romano ha pervivido, y se ha tratado de recrear en Carlomagno, en el Sacro Imperio Romano-Germánico de los Otones, en los fugaces imperios de Carlos V y Napoleón. Actualmente, bajo modernos parámetros, se revitaliza en nuestra Comunidad Europea. Y aspiran a estar en ella tanto los estados que hace veinte centurias formaron parte del imperio romano, como los que pertenecieron al universo de los "pueblos bárbaros" que, no debe olvidarse, fueron paulatinamente integrándose en el espacio de la Romanidad.

Tal es la perspectiva que considero nunca debería olvidarse en la construcción de la nueva Europa. Una Europa que debe saber aquilatar su rica e influyente trayectoria histórica, fomentadora de las relaciones humanas, asimiladora de todas las herencias culturales que han ido configurando su polifacética personalidad, hoy también acogedora de quienes acuden a ella en busca de un mejor horizonte de vida. Y consciente de que su fuerza está en la unidad y la consolidación de una identidad común, que propicie el papel independiente que debe jugar en este siglo que acabamos de estrenar.

También estimo que estas reflexiones, un poco apresuradamente expuestas, nos comprometen a todos: a quienes enseñamos e investigamos en las facultades humanísticas, porque el legado de la Antigüedad grecorromana está presente en muchas de las disciplinas que tratamos; a la institución universitaria en general, porque en un mundo tecnificado y abocado a los retos del futuro, donde el valor de las cosas está en función de su utilidad, en nuestra Alma Mater se sigue velando por la pervivencia, estudio y difusión de lo más valioso que nos dejaron las anteriores generaciones en diversos órdenes del conocimiento y la creatividad; a los alumnos, porque así pueden evaluar mejor el sentido que tienen muchas de las enseñanzas que reciben en nuestras aulas; a la sociedad en general porque, sea consciente o no de ello -y quienes la gobiernan tienen la responsabilidad de que sepamos apreciarlo-, se ha beneficiado de un legado, muchas de cuyas esencias han contribuido a forjar su modelo de civilización de una forma decisiva.

"El oficio de historiador es el de dar a una sociedad, que es la suya, el sentimiento de relatividad de sus propios valores", ha escrito Paul Veyne, reconocido historiador de Roma. Es cierto. A fin de cuentas, aunque griegos y romanos no puedan lógicamente ofrecernos soluciones a los grandes problemas que hoy nos crea el dominio de la tecnología, quizás paradójicamente, por la riqueza de sus reflexiones éticas, filosóficas, artísticas, políticas, nos pueden ayudar a tomar conciencia del lugar desmesurado que la técnica ha tomado en nuestra civilización. La Antigüedad Clásica, ese púlsar inagotable de ideas, valores y creatividad que nos ilumina desde más de veinticinco siglos, sigue recordándonos que lo más valioso y poderoso que tenemos en este mundo no es la materia, la economía, la técnica o la fuerza militar, sino el pensamiento original y libre. Y también que los verdaderos retos que la Humanidad tiene desde siempre, conseguir la paz, la justicia, la solidaridad, la fraternidad, no han perdido un ápice de su importancia y trascendencia. En nuestra incansable búsqueda de tales ideales, ahora y siempre, sin duda tendrán mucho que aportarnos tanto el periplo existencial de griegos y romanos, como los profundos y estimulantes frutos intelectuales y espirituales que nos dejaron.

Bibliografía

- Alsina Clota, J., *Comprender la Grecia clásica*, Barcelona, 1983.
- Alvarez Morán, M.C.- IGLESIAS MONTIEL, R.M^a. (eds.), *Contemporaneidad de los clásicos en el umbral del Tercer Milenio*, Murcia, 1999.
- Bailey, C., *El legado de Roma*, Madrid, 1956.
- Bancalari, A., *Orbe Romano e Imperio Global. La Romanización desde Augusto a Caracalla*, Ed. Universitaria, Santiago de Chile, 2007.
- Bauz, H. F., *El imaginario clásico: Edad de Oro, Utopía y Arcadia*, Santiago de Compostela, 1993.
- Bianchi Bandinelli, R., *Del Helenismo a la Edad Media*, Madrid, 1981.
- Brague, R., *Europa, la vía romana*, Madrid, 1992.
- Brizi, G., *I sistemi informativi dei romani*, Wiesbaden, 1982.
- Buyton, R., *Todos los dioses de Grecia*, Madrid, 2004.
- Cantarella, E., *El peso de Roma en la cultura europea*, Madrid, 1996.
- Chevallier, R. (ed.), *Influence de la Grèce et de Rome sur l'Occident moderne. Actes du Colloque 1975*, Serie "Caesarodunum" XII bis, París, 1977.
- Chevallier, R. (ed.), *La Révolution Française et l'Antiquité*, Université de Tours, Centre A. Piganiol, Serie "Caesarodunum" XXV bis, 1991.
- Davies, J.K., *La democracia y la Grecia clásica*, Madrid, 1981.
- Díaz Plaja, F., *Griegos y Romanos en la Revolución Francesa*, Madrid, 1960.
- Doods, E.R., *Paganos y cristianos en una época de angustia*, Madrid, 1975.
- Dubuisson, M., "La permanence de la pensée politique romaine de la Renaissance à la Revolution", *LEC*, 67 (1999), 229-238.
- Duplá, A.- Iriarte, A. (eds.), *El cine y el mundo antiguo*, Universidad del País Vasco, 1990.
- Edelstein, L., *L'idea di progresso nell'Antichità Classica*, Bolonia, 1987.
- Falque, E.M.- Gascó, F. (eds.), *Modelos ideales y prácticas de vida en la Antigüedad clásica*, Universidad de Sevilla, 1993.
- Finley, M., *Democracia antigua y democracia moderna*, Madrid, 1976.
- García González, J.M.- Pocina Pérez, A. (eds.), *Pervivencia y actualidad de la cultura clásica*, Universidad de Granada, 1996.
- García Gual, C., *La Antigüedad novelada. Las novelas históricas sobre el mundo griego y romano*, Barcelona, 1995.
- Garnsey, P., "Religious Toleration in Classical Antiquity", en W.J. Sheils ed., *Persecution and toleration*, *Studies in Church History*, 21 (1984), 1-27.
- Giardina, A., *Tradizione dei classici, trasformazioni della cultura*, Bari, 1986.
- Giardina, A., *El Hombre Romano*, Madrid, 1991.
- Gómez Espelósín, F.J.- Pérez Largacha, A.- Vallejo Girvés, M., *Tierras fabulosas de la Antigüedad*, Universidad de Alcalá de Henares, 1994.
- Gómez Espelósín, F.J. (ed.), *Lecciones de Cultura Clásica*, Universidad de Alcalá de Henares, 1995.
- Gómez Iglesias y Casal, A., *La influencia del Derecho Romano en las modernas relaciones de trabajo*, Madrid, 1995.
- Guzmán, A.- Gómez Espelósín, F.J.- Gómez Pantoja, J., *Aspectos modernos de la Antigüedad y su aprovechamiento didáctico*, Madrid, 1992.
- Himmelman, N., *Utopia del passato: Archeologia e cultura moderna*, Bari, 1981.
- Hingley, R. (ed.), *Images of Rome: Perceptions of ancient Rome in Europe and the United States in the modern age*, "Journal of Roman Archaeology", Suppl. Series No. 44, Portsmouth, Rhode Island (U.S.A.), 2001.

- Jaeger, W., *Paideia: los ideales de la cultura griega*, Madrid, 1981.
- Jenkyns, R. (ed.), *El legado de Roma. Una nueva valoración*, Barcelona, 1995.
- Kaplan, R.D., *El retorno de la Antigüedad. La política de los guerreros*, Barcelona, 2002.
- Lasso de la Vega, J. S., *Ideales de la formación griega*, Madrid, 1966.
- Mac Mullen, R., *Enemies of the Roman order*, Cambridge (Mass.), 1966.
- Moormann, E.M.- Vitterhoeve, W., *De Adriano a Zenobia. Temas de la historia clásica en la literatura, la música, las artes plásticas y el teatro*, Madrid, 1998.
- Mossé, C., *L'Antiquité dans la Révolution*, París, 1989.
- Muñoz, F. (ed.), *Confluencia de culturas en el Mediterráneo*, Universidad de Granada, 1993.
- Parker, H.J., *The Cult of Antiquity among the French Revolutionaries*, Chicago, 1939.
- Rodríguez Adrados, F.-Badenas de la Peña, P.-Lucas de Dios, J.M^a., *Raíces griegas de la cultura moderna*, Madrid, 1994.
- Rodríguez Neila, J.F., *Ecología en la Antigüedad Clásica*, Madrid, 1996.
- Ruiz de Elvira, A., "Pervivencia de la Romanidad", *Cuadernos de Filología Clásica- Estudios Latinos*, 7 (1994), 145-169.
- Scobie, A., *Hitler's state architecture: the impact of Classical Antiquity*, Pennsylvania State Univ. Press, 1990.
- Sherwin-White, A.N., *Racial prejudice in imperial Rome*, Cambridge, 1967.
- Solomon, J., *The Ancient World in the Cinema*, Cranbury, 1978.
- Traina, G., *La tecnica in Grecia e a Roma*, Bari, 1994.
- Van Groningen, B.A. (ed.), *The Living Heritage of Greek Antiquity*, La Haya-París, 1967.
- Veyne, P., *L'inventaire des différences*, París, 1976.
- Veyne, P., *La société romaine*, París, 1991.
- V.V.A.A., *Antiquae lectiones: el legado clásico desde la Antigüedad hasta la Revolución Francesa*, Madrid, 2005.